



Jordi Nofre

Mientras no me abran la noche

Crónica de un (intento de) nocticidio

Jordi Nofre

Mientras no me abran la noche

Crónica de un (intento de) nocticidio

Mientras no me abran la noche

Crónica de un (intento de) nocticidio

Copyright ©2021 Jordi Nofre

Mientras no me abran la noche. Crónica de un (intento de) nocticidio.



El texto de este libro está sujeto a una licencia Creative Commons.

Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional License.

Para más información, o para permisos de reproducción total o parcial contacten:
jnofre@fcsh.unl.pt

Cover copyright ©2021 Jordi Nofre

Todos los derechos reservados.

El arte de la portada no puede ser reproducido, total o en parte, sin el expreso permiso del autor,
excepto por lo permitido por ley.

[PDF] ISBN 978-989-33-2721-0

Cover art: Jordi Nofre

Designs & Editing: Jordi Nofre

El autor de este texto es el único responsable de su contenido.

Las opiniones aquí contenidas no representan necesariamente las de su empleador, ni las de las
redes en que colabora, o gestiona.

Índice

Prefacio	1
1 'La noche', una prioridad de estado en tiempos de pospandemia	3
2 España, un país donde 'la noche' es un virus y los jóvenes son peligrosos	7
3 New green deal, reforma horaria y ocio nocturno: ¿agenda política oculta?	13
4 Ocio nocturno y salud mental en tiempos de pandemia	19
5 Los botellones, la gran 'sorpresa' del verano (de todos los años)	23
6 Todo a 100, o tiro porque me toca	29
7 De 'especialistas' de la cosmogonía nocturna, desinformadores del poder y tímidas esperanzas	33
8 Dancing with my QR	37
9 A modo de epílogo inacabado: el ocio nocturno como fuente de bienestar socioemocional y apoyo psicológico mutuo (también en tiempos de pandemia)	41

Prefacio

Adoctrinamiento epidemiocrático y homogeneización punitivista del pensamiento público contra todo atisbo de desvío, disidencia y crítica; reactivación encubierta de la Ley de Prensa de 22 de abril de 1938. Éste es precisamente el origen, estimada lectora y estimado lector, de este libro: la absoluta ausencia de debate público y crítico sobre el presente y el futuro del ocio nocturno frente a los desafíos establecidos por el COVID-19 y su *pandemic politics*, robustamente inalterada e inalterable frente a cualquier conato o intención de ofrecer perspectivas, posicionamientos y voces alternativas al discurso epidemiocrático dominante y gobernante de nuestro cotidiano.

Mientras no me abran la noche. Crónica de un (intento de) nocticido presenta una recopilación de artículos de opinión sobre ‘la noche’ en tiempos de pandemia que, en su mayoría, fueron censurados por medios de comunicación de izquierdas de derechas y – paradójicamente – de más allá de la izquierda. Bien es cierto que este pequeño libro puede ser visto como un producto más de cierta autoayuda efectuada por el autor de esta obra, profundamente asqueado y agobiado por la surrealista situación pandémica intensamente y deliberadamente mediatizada. Sin embargo, e incluso admitiendo la anterior premisa, el libro que tiene en sus manos pretende ofrecer una visión totalmente antagónica a la reproducida continuadamente tanto por los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, como por el conjunto de los medios de comunicación; en otras palabras, pretende ofrecer una visión crítica del discurso mediático-institucional-civil sobre la gobernanza del ocio nocturno en tiempos pandémicos.

El conjunto de los textos forman parte de una investigación sobre ocio nocturno, turismo y transformaciones urbanas en las ciudades del sur de Europa llevada a cabo por el autor de este libro desde hace dieciséis años. Muestra de ello es el último capítulo el cual, a modo de epílogo, recoge las ideas fundamentales de un trabajo recientemente publicado en la prestigiosa revista científica *Annals of Leisure Research*. Además, el resto de textos contienen ideas contenidas en capítulos de libro publicados desde 2020 así como en artículos científicos que, a fecha de redacción de este prefacio, continúan siendo evaluados bajo el sistema *blind peer review*. Sirva esta nota de presentación para las y los amantes del Twitter como herramienta de expresión distendidamente compartida de su frustración existencial.

Por último, y como nota más importante, mi más profundo y sincero agradecimiento a ‘la noche’: qué hubiera sido de mi, de tantas y tantos, de todas y todos sin ese único espacio-tiempo de evasión (simulada) de la realidad en las que continuadamente *A DJ saved my life*. Carpe Noctem.

Lisboa & Barcelona, 4 de Noviembre de 2021.

‘La noche’, una prioridad de Estado en tiempos de pospandemia

Abril de 2020. Ni la distopías de John Stuart Mill, ni el punitivismo de Michel Foucault, ni el biofascismo de Naomi Wolf. Mi primer encuentro con la más absoluta oscuridad.

“Para los ‘night lovers’, pecar es no solamente diversión hedonista, sino evasión de una cotidianidad cada vez más precarizada y de una extrema fragilidad e incertezas angustiosas”

La actual pandemia producida por el coronavirus SARS-CoV-2 collevó, hace ya dos meses, el cierre masivo de negocios no esenciales a raíz del decreto del Estado de Alarma en varios países tanto del Norte como del Sur Global. Un número creciente de voces de la industria del ocio nocturno – especialmente de Europa, Reino Unido y América del Norte – han expresado su preocupación por las fatales consecuencias que la interrupción indefinida en el tiempo de dicha actividad económica puede acarrear. A la pérdida de puestos de trabajo y a un agudo desequilibrio financiero del sector, cabría situar como escenario más que posible el cierre y la consiguiente desaparición definitiva de buena parte de los negocios, cuya situación debilitada después de la Gran Recesión (2008-2014), junto con un recrudecimiento de las narrativas criminalizadoras sobre ‘la noche’ como daño colateral de la turistificación de nuestras ciudades, así como la ausencia de voluntad institucional para incorporar el ocio nocturno como parte del sector cultural (y de sus políticas), han llevado la configuración de un escenario a medio plazo del todo incierto. Hoy, navegando en las fases iniciales del proceso de desescalada, ese escenario es más certamente incierto y preocupante que nunca.

La esperanza de los ‘night haters’ (o predicadores de la moralidad correcta: diurna y visceralmente judeocristiana) es, al otro lado del espejo de nuestra realidad, preocupación extrema por parte de los ‘night lovers’, para quienes el aspecto puramente económico de esta crisis (capitalista) pandémica se ve, a todas luces, superado por otro tipo de preocupaciones: la pérdida de ‘la noche’ como espacio y tiempo para reunirse con sus amigas y amigos, para conocer nuevas personas, para bailar, descubrir y sentir la experiencia extraordinaria de conexión instantánea, incluso asombrosamente íntima, con una nueva canción, mezcla, o producción ‘artesanal’ de la DJ. Para los ‘night lovers’, pecar es no solamente diversión hedonista, sino evasión de una cotidianidad cada vez más precarizada y de una extrema fragilidad e incerteza angustiosas. Un cocktail de Foucault, Bakhtin y Baudrillard nos acerca a ese complejísimo mundo de ‘la noche’ – sea bailando o sin bailar – como evasión simulada de una cotidianidad caracterizada por la opresión, la represión (especialmente feminizada, racializada y de clase) y una espesa niebla que nos impide dibujar nuestro horizonte individual y colectivo. Ante ello, evadirse, imaginar, soñar; ‘la noche’ como resistencia. De ahí que, ante el confinamiento biopolítico y el asomo de nuevas políticas segregacionistas entre ‘los sanos’ y ‘los enfermos’ – Foucault se deshace más lentamente que dos peces en un *whisky on the rocks* –, muchos ‘night lovers’, DJs y promotores de la industria del ocio nocturno hayan creado, en un tiempo asombrosamente corto, toda una red de iniciativas en streaming, desde sus casas, garajes o incluso desde clubes vacíos. ‘La noche’ continua....pero pierde su valor social de reconocimiento mutuo y de convivencia.



“Pedalada por la Cultura Nocturna”, 22 de Junio de 2021, Barcelona. (@comissio.nocturna; Comisión Nocturna de Barcelona)

Sin embargo, el regreso a la ‘normalidad noctámbula’ se erige teñida de numerosas dudas e incertidumbres. La instauración del distanciamiento social (como si ya no lo hubiera a escala municipal o supramunicipal entre clases altas y clases trabajadoras) y la conversión de la condición biológica de las personas en dispositivo biopolítico de control social y de generación de nuevas

políticas segregacionistas entre ‘los sanos’ y ‘los enfermos’, conlleva un desafío de magnitud inimaginable para la industria del ocio nocturno. La limitación drástica del aforo así como la adopción de nuevas medidas higiénicas en los locales de ocio nocturno conllevará tensiones extraordinarias en la contabilidad especialmente de aquellos negocios de menor dimensión vinculados a ‘la noche’. Si bien aquellos que pertenezcan a los mayores grupos operadores en nuestro país podrán movilizar estrategias de contingencia que incluso podrían extenderse durante un tiempo más o menos prolongado, buena parte del tejido de la ‘ciudad nocturna’ no tiene, a día de hoy, capacidad financiera ni liquidez suficiente para afrontar, siendo muy optimistas, una apertura del sector condicionada a una limitación extrema del aforo de sus locales. Y es que para las regiones costeras turistificadas, así como para las grandes ciudades españolas, la industria del ocio nocturno es parte intrínseca de la gran industria del turismo. Y es precisamente en este punto donde subyace la gran preocupación compartida (‘compartir’, verbo a menudo ausente en la gobernanza del ocio nocturno: algo bueno tenía que tener el confinamiento) entre dueñas de locales, DJs, trabajadoras, promotoras, programadoras y ‘night lovers’. Siendo el ocio nocturno parte fundamental de circuitos de producción y consumo tanto cultural como turístico en nuestro país, ¿puede el sector sobrevivir sin la intervención directa del Estado?

El próximo escenario pospandémico, con fecha de inicio diluida entre una oscura densidad de intereses que sobrepasa lo puramente sanitario y político, se antoja ya en nuestro presente como una oportunidad inmejorable para situar el ocio nocturno – y sus diferentes espacios que actúan a menudo como salas de concierto e incluso de producción musical – como parte intrínseca de las políticas culturales tanto a nivel local, como autonómico y, cómo no, nacional. A esta propuesta lanzada como meta a medio plazo – soñar es bonito, pero la administración y su arquitectura burocrática no se sitúan en la esfera de lo Freudiano – cabe añadir la necesidad de promover ‘la noche’ (y por consiguiente, de romper con sus dinámicas a menudo segregacionistas) como espacio y tiempo, mecanismo y fuente de bienestar socioemocional, inclusión y de construcción de comunidad. Pero sobretodo, y ante los enormes impactos socioeconómicos aún sin definir que conlleva y conllevará la pandemia de COVID19 (incluyendo las posibles secuelas especialmente a nivel psicológico y emocional para los centenares de miles de personas que, en la España del emprendedurismo digital, del AVE y de la Carpeta Facilit@, aún viven hacinadas y/o en infraviviendas), ‘la noche’ y toda su extraordinaria red de significados individuales y colectivos pueden constituir un mecanismo eficiente de bienestar socioemocional y de apoyo psicológico mutuo a nivel comunitario después de un periodo prolongado de confinamiento y aislamiento social. Compartir, empatizar, divertirse y evadirse; Resistir y volver a empezar.

España, un país donde ‘la noche’ es un virus y los jóvenes son peligrosos

Octubre 2020. Finta, quiebro, regate, colártela: este último término se adecúa más a la ‘marcha atrás’ del gobierno catalán para la reapertura.

Cuando Billy Idol y su banda Gen X cantaban en *Dancing with Myself* (1980) aquello de «bebamos otro trago, porque así me dará tiempo para pensar», nunca se hubieran imaginado que una pandemia de la magnitud como la producida por el coronavirus SARS-CoV-2 provocaría que millones de *night lovers* bailarían y beberían sus cubatas de fin de semana encerrados en sus respectivos domicilios como ritual militante de memoria y de esperanza por el retorno de una ‘noche’ que, en el mejor de los casos, veremos si vuelve a ser lo que fue – si es que algún día vuelve. A 8 de octubre de 2020, Cataluña vuelve a disputar a Madrid la *tête de la course* de los chirridos entre el gremio de epidemiólogos más ortodoxos, la ciudadanía hastiada (especialmente adolescentes y jóvenes), el sector del ocio nocturno y (nótese la generosidad léxica) los gobernantes de la *res publica*; y mientras tanto, la perdiz va perdiendo plumaje de lo mareada que está (y eso que es otoño).

En el actual contexto pandémico caracterizado otra vez por la transmisión comunitaria descontrolada en la España urbana del coronavirus SARS-CoV-2, el conjunto de los actores políticos, sociales y mediáticos – éstos últimos, especialmente proactivos en la criminalización de la juventud en tiempos de pandemia – presentan a las/los jóvenes de nuestro país como sujetos moralmente, socialmente y sanitariamente peligrosos, mientras que el ocio nocturno recibe la calificación de actividad altamente peligrosa para la lucha contra la pandemia de COVID-19. Nadie se acuerda ya – y reniega ante la más mínima sugerencia de ello – que durante décadas el ocio nocturno se erigió y fue bendecido por las diferentes administraciones locales, regionales y nacional como elemento central de promoción turística y captación de flujos turísticos internacionales, especialmente en las respectivas áreas insulares, en el levante y sur español y en las grandes urbes de nuestro país. Y tampoco nadie parece tener la suficiente valentía para explicar por qué las y los jóvenes de nuestro país han pasado de ser baluartes de la transición digital y ecológica de la España posindustrial a convertirse paulatinamente en meros sujetos homípedos jurídicamente amparados en el Título I de la Constitución, de derechos y deberes, según sople el viento – si es que sopla.

Más de medio año después de la declaración del Estado de Alarma, y cuatro meses después una hiperacelerada desescalada (incluso, paradójicamente, con episodios *casi-cuánticos* en alguna de las regiones profetas de la ultraortodoxia biopolítica, como la catalana), el paisaje laboral y económico para nuestra juventud – por no hablar del político – bien podría ser representado metafóricamente con una preciosa postal del desierto almeriense de Tabernas. Tras estar encerrados estoicamente dos meses en sus respectivos hogares, centenares de miles de jóvenes no ven más futuro en este país que los videos del TikTok, las *stories* del Instagram, el Discover Weekly del Spotify, quemar horas y horas enganchados a la Play o al Fortnite, o quedar con sus amigas/os en bares, clubes o discotecas – o en sus terrazas – quienes pueden desprenderse de 20 euros en un pestañear de ojos; en casas, parques o playas, quienes no.

"Ciento es que una parte significativa del sector no ha cumplido con sus deberes. Sin embargo, ello no debe ser excusa para su liquidación ipso facto sin previo debate, reflexión, y evaluación de impacto económico y social."

Si bien tal y como describía la noticia *Radiografía del origen de los brotes en España* de la periodista Pilar Bayón (RTVE, 17/08/2020), en la cual se citan fuentes ministeriales, los casos más numerosos de contagio del coronavirus SARS-CoV-2 en la época veraniega estuvieron mayoritariamente relacionados con las reuniones familiares y las fiestas particulares, el aumento progresivo de brotes durante el verano (especialmente los más mediáticos como el del barrio pamplonés de Mendillorri, Córdoba o Gandía, todos ellos relacionados directamente con prácticas formales e/o informales de ocio nocturno juvenil) han supuesto la activación de un frente institucional-mediático criminalizador del ocio nocturno (y, por extensión, de la juventud) ciertamente eficaz, implacable y sin espacio alguno a la construcción de un debate sereno, reflexivo, crítico y propositivo tal y como demanda – o debería demandar – toda sociedad democrática europea.

Sorprende todavía más que la elaboración y publicación del documento de «Medidas para la reducción del contagio por el coronavirus SARS-CoV-2 en el ámbito del ocio nocturno. Directrices y recomendaciones», de Junio de 2020 (elaborado y consensuado entre la Secretaría de Estado de Turismo, las Comunidades Autónomas, la Federación Nacional de Empresarios de Ocio y Espectáculos España de Noche y los sindicatos mayoritarios CC.OO y UGT, entre otros actores sociales e institucionales), haya quedado relegado en un cajón sin fondo mientras que a servidor le cuesta reservar una plaza en el gimnasio para las clases de Zumba, Zumba/Cul10, Zumba/Abd, Zumba/D-Mov y Zumba/Tonificate, en donde se baila mucho más que en una discoteca en la cual desde hace años casi nadie baila; lo de Studio 54 en la barcelonesa Avenida Paralel fue un espejismo.

Si los epidemiologistas fueran expertos en juventud y ocio nocturno, y nuestras/os responsables políticas/os pidiesen asesoramiento más allá de sus respectivos gabinetes de comunicación, sabrían que nuestras y nuestros adolescentes y jóvenes no bailan en las discotecas. Es más, buena parte de ellas y ellos directamente ni entran; para eso están los parques y plazas, los aledaños de los centros comerciales suburbanos, las colinas urbanas, las playas o directamente los cuartos y cocheras de los pueblos situados a lo largo y ancho de la geografía española. Y si fueran expertos en consumo de ocio nocturno comercial en segmentos de población adulta (que es la que realmente sustenta el sector), sabrían que – en el caso de discotecas de música comercial – muy pocas/os bailan en una discoteca: no llegan ni al 5%. Dar *la vuelta al ruedo* copichuela en mano, estar en corrillo con las/los amigas/os en formación pagana de devoción a la montaña de bolsos y chaquetas en medio del grupo, perfeccionar el arte y oficio de pedir una copa desde la tercera fila de la barra, buscar a tu amiga/o que se ha perdido, o sencillamente ver quién pasa en los aledaños de los servicios constituye un croquis relativamente certero de la topografía social de una discoteca de música comercial.

Ante el desmañado homenaje a los trileros de la barcelonesa Rambla de les Flors, la marcha atrás efectuada en menos de 24h por la dirección política de la *Conselleria de Salut* “por riesgo de rebrote” después del anuncio de la reapertura parcial del sector del ocio nocturno constituye, sin plan de apoyo ni de recuperación, una decisión política irresponsable, un simple disparate con consecuencias para nada anecdóticas. Según datos ofrecidos en Febrero de 2019 por la Federación de Asociaciones de Ocio Nocturno de España, el sector está constituido por 25.000 empresas, genera más de 200.000 puestos de trabajo directos e indirectos, representa un 1,8% del PIB – no muy lejano del significativo 2,7% del sector primario nacional– y facturó 20.000 millones de euros anuales el año pasado, contando con el consumo de 17 millones de ciudadanas/os españoles y de 40 millones de ciudadanas/os extranjeras/os. Más concretamente, y en el caso catalán, el sector del ocio nocturno contaba, en 2019, con 37.000 empleados

directos, 12 veces más que Nissan: sin embargo, el sector del ocio nocturno aún espera cualquier atisbo de mediación proactiva, propuesta de apoyo económico, o plan de apoyo y recuperación sectorial, o incluso de reorientación laboral. Nissan lo tiene; la noche, no. Cierre y punto.

La adopción de tal posicionamiento ciertamente desigual – tanto a escala regional como estatal – se antoja como un desafortunado dislate fruto de dos hipotéticas causas que no son excluyentes entre ellas: o bien enroque férreo en la ‘no-política’ como manto encubridor de una absoluta y manifiesta incompetencia política; o bien adopción de esa ‘no-política’ en un contexto inmejorable para acabar de un simple (y literal) plumazo con una actividad económica que, si bien genera un porcentaje nada desdeñable del PIB nacional, (i) no ha sabido acabar de una vez por todas con los episodios de problemas de convivencia con las/os vecinas/os, (ii) ha actuado muy insuficientemente en la lucha contra las violencias machistas hasta muy recientemente (y por presión popular, no por iniciativa propia) y (iii) ha sido, también desgraciadamente para nosotras y nosotros amantes de la noche, constante foco de episodios de xenofobia y racismo – a menudo en connivencia explícita o implícita de los respectivos cuerpos policiales.

Cierto es que una parte significativa del sector no ha cumplido con sus deberes. Sin embargo, ello no debe ser excusa para su liquidación *ipso facto* sin previo debate, reflexión, y evaluación de impacto económico y social; ya no solamente éste último en lo que se refiere a la pérdida de puestos de trabajo, sino a la pérdida de un espacio, de un tiempo – ‘la noche’ – que puede jugar un papel fundamental no solamente como fuente de bienestar socioemocional y de apoyo psicológico mutuo a nivel comunitario después de un periodo prolongado de confinamiento y aislamiento social, sino también de control estricto del cumplimiento de las medidas higiénicas y sanitarias en contextos de prácticas de ocio nocturno (también juvenil). Y es que las políticas prohibicionistas no siempre son efectivas, especialmente en un país en donde el discurso político infantiliza a la ciudadanía, a quien solamente se le provee del espacio de reflexión, pensar y actuar exclusivamente en su ejercicio del derecho al voto o en los casi siempre estériles procesos de participación ciudadana. Para el resto, y especialmente en situaciones extremadamente complejas como la actual, la/el ciudadana/o parece estar desprovisto de conciencia, de capacidad crítica de reflexión, toma de decisión y acción. En particular, la extrema infantilización de la juventud – quienes, paradójicamente a sus 16 años ya pueden trabajar – y la imposición de medidas prohibicionistas (sin importar la Carta Europea de Derechos Fundamentales) es un mero y aberrante disparate de efectos contraproducentes. Como muestra, botón: en la semana previa al decreto de cierre indefinido del sector del ocio nocturno a mediado de agosto, la Guardia Urbana de Barcelona y los Mossos d’Esquadra desalojaron a 5.500 personas (en su mayoría, jóvenes y adolescentes) que estaban reunidos en las calles, plazas y playas de la ciudad condal con sus amigas y amigos, hablando y bebiendo: este último, verbo criminalizador si se realiza fuera de un espacio mercantilizado, como por ejemplo una terraza de bar.

En amplios espectros de la sociedad española (y no sólo) el aumento de las medidas prohibicionistas conlleva un mayor ímpetu de quebrar la ley, de desafiar al poder adultocéntrico, urbanocéntrico, autoritario y biopolitizador de nuestras cotidianidades. Vagos (o NiNis), maleantes, “insolidarios”, “sinvergüenzas” – y otras delicias léxicas – demuestran la incapacidad comprensiva de una sociedad española adultocéntrica que niega sistemáticamente la reflexión, el debate y la propuesta de posibles escenarios alternativos a la hastío de la juventud de tener que conllevar sistemáticamente la etiqueta (cosificada) de *culpable* mientras se debe lidiar con la agobiante incertidumbre – hoy muy palpable – de un No-Futuro en donde la única alternativa ofrecida por parte de la sociedad adulta y el poder político es la criminalización y la culpabilidad por una situación creada con motivo de una desescalada que, salvaguardando las distancias,



Barrio de Badalona, Barcelona, Noviembre de 2020.

pareció ser un homenaje a Berlanga. Ante todo ello, y visto el panorama, ir de botellón mientras suena Spotify es un acto rebelde contra aquellas y aquellos que criminalizan la juventud sistemáticamente mientras claman por volver a llenar estadios de fútbol, toleran sobreocupaciones en transporte público urbano y solamente permiten festivales de música y/o artes escénicas patrocinados por bancos, productoras y distribuidoras de bebidas alcohólicas e instituciones.

Para nosotras y nosotros amantes de la noche formal e/o informal, ser ‘rebelde’ no consiste en vulnerar la Ley 33/2011, de 4 de octubre, General de Salud Pública; ni sus principios generales, ni su espíritu, ni su respectivo articulado. Ni lo es, ni debería serlo bajo ningún concepto. Ser ‘rebelde’, sin embargo, emerge como condición indispensable de supervivencia a la consideración de ‘la noche’ como virus o como actividad económica (y sobretodo cultural) con suficiente potencial destructor del plan de recuperación nacional. Nada más lejos de tal desatino. El ocio nocturno no es solamente un acto de diversión hedonista y de reunión con nuestras/os amigas/os, sino una actividad de producción y consumo cultural, y para muchas/os de nosotras/os, un espacio-tiempo de evasión de una cotidianidad cada vez más precarizada y de una extrema fragilidad e incertidumbre angustiosas que nos impide dibujar nuestro horizonte individual y colectivo.

New Green Deal, Reforma Horaria y Ocio Nocturno: ¿Agenda política oculta?

"El cambio de hábitos sociales y de consumo cultural propuesto desde el Pacto Verde Europeo y adoptado por el Gobierno catalán mediante el mediáticamente silenciado Plan de Transición para la Reforma Horaria constituye un espaldazo más al sector del ocio nocturno."

Diciembre de 2020. Escapada de fin de semana largo en el Pirineo antes de que nos vuelvan a encerrar. Quien sabe cuando podremos volver, si es que podemos volver. "We'll meet again / some sunny day", cantaba Johnny Cash.

Quizás sea contraproducente para los objetivos de este texto iniciar el desarrollo del mismo con una seria advertencia. Abrir de buena mañana, antes de la finalización del toque de queda, la bandeja de entrada de la cuenta institucional de correo electrónico puede conllevar exactamente las mismas consecuencias que tomar café sin las debidas precauciones asociadas a la existencia de un mínimo aprecio por este producto: desgraciarte la jornada, aunque el despertar haya sido ligeramente más esperanzador que lo que permite el segundo Estado de Alarma, el toque de queda nocturno sin fecha de caducidad, y la transformación del sector del ocio y la cultura en un homenaje al paraje del río Guadiana en su paso por la llanura manchega.

Hace un par de meses, el 17 de Septiembre, la Comisión Europea abrió una nueva línea de financiación para proyectos de investigación científica encuadrados en el programa Horizon 2020 denominado *The Green Deal Call for Research and Innovation Projects*. Esta nueva línea de financiación europea en ciencia y tecnología surge como acelerador de los objetivos contemplados en el Nuevo Pacto Verde Europeo (*European New Green Deal*). A su vez, el programa presenta un total de veintitrés sub-líneas de investigación aplicada (en forma de sendos concursos específicos para proyectos) con el objetivo de dar un impulso decidido y eficaz de «la recuperación de Europa de la crisis del coronavirus convirtiendo los desafíos ecológicos en oportunidades de innovación». La vigésimo segunda y penúltima sub-línea de financiación se denomina «Cambios de hábitos sociales y culturales para el Pacto Verde Europeo» (Referencia del concurso: LC-GD-10-2-2020), y acompaña a las otras dos sub-líneas de financiación encuadradas en el terreno de las Ciencias Sociales y orientadas a fomentar la participación/persuasión ciudadana; en efecto, la/el lectora/or ya habrá comprobado como 'lo social' y 'lo humanístico' quedan otra vez relegados al cajón de 'lo inservible' –léase improductivo (Última nota del diario de navegación: tres de veintitrés, o como el Pacto Verde Europeo certifica un horizonte más que funesto para las Ciencias Sociales y las Humanidades).

En la presentación pública de estas tres sub-líneas de financiación en el ámbito de las Ciencias Sociales, Mariya Gabriel, Comisaria de Innovación, Investigación, Cultura, Educación y Juventud de la Comisión Europea, reafirmó la voluntad de la Comisión de no querer «que nadie se quede rezagado en esta transformación sistémica, de modo que pedimos acciones específicas para colaborar con los ciudadanos de formas más innovadoras para mejorar la relevancia [social] y el impacto social [de la iniciativa]». Sin embargo, la expresión «que nadie se quede rezagado» contiene un profundo componente irónico, ilusorio, o directamente de engaño, según el prisma anímico con el que se mire. Además de ello, ¿cuáles son las razones que sustentan la afirmación de la Comisaria, y en qué grado la voluntad de tal «transformación sistémica» puede afectar al

futuro de la industria del ocio nocturno (la cual incluye no solamente discotecas, clubes y bares de copas, sino también restauración, museos, cines, teatros y salas de espectáculos)?

Centremos nuestra atención en la vigésimo segunda sub-línea de financiación para proyectos denominada «Cambio de hábitos sociales y culturales». Bien es cierto que la/el lectora/or podría aducir, con buen criterio, falta de relevancia significativa de una sub-línea de financiación que ciertamente es muy específica en comparación a la totalidad de la iniciativa. Sin embargo, no le faltaría razón si no fuera por dos motivos fundamentales. En primer lugar, la iniciativa *The Green Deal Call for Research and Innovation Projects* parece reforzar aquella estrategia consolidada a lo largo de las últimas dos décadas de desarrollo e implementación de líneas de financiación para proyectos europeos en I+D+i la cual han contribuido a segmentar progresivamente –y, por ende, desvincular– «lo ambiental» de «lo social». Contrariamente a la promoción de una práctica científica transdisciplinar, multidimensional e interseccional más necesaria que nunca en el actual contexto pandémico global –el cual está llevando el agravamiento de múltiples desigualdades ya existentes (altamente feminizadas, racializadas y de clase, y con especial impacto en el colectivo de personas con diversidad funcional)–, esta nueva línea de financiación para el diseño e implementación de una «transformación sistémica» de la sociedad europea no presenta ningún tipo de mención, vínculo, o propuesta de acción para la consolidación, promoción o mejora de la situación actual de ninguno de los tres capítulos principales que componen –por ejemplo– el *Pilar Social Europeo* (igualdad de oportunidades y de acceso al mercado de trabajo; condiciones de trabajo justas; y protección e inclusión social); de hecho, solamente incorpora uno de los cincuenta y cuatro artículos de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea, concretamente su Artículo 37 de *Protección del medio ambiente*. Aún suerte que la declaración sobre el Pacto Verde Europeo publicada por la Comisión Europea (Bruselas, 11.12.2019 COM(2019) 640 final) cita de manera explícita que el *Pilar Social Europeo* «guiará toda acción [relacionada con la implementación del Pacto] para garantizar que nadie se quede atrás» (p.4). En efecto, y visto lo expuesto en este artículo hasta este punto sobre la nueva línea de financiación en I+D+i para la implementación del Pacto Verde Europeo, parece que la Comisión desea honrar al tan ibérico direte popular «si te veo no me acuerdo».

En segundo lugar, la propia Comisión Europa presenta un desglose de intenciones para las tres sub-líneas de financiación en Ciencias Sociales para el fomento e implementación del Pacto Verde Europeo. En ese sentido, los proyectos deben diseñar y promover nuevos «comportamientos tanto a nivel individual como colectivo, entre ciudadanos, comunidades, empresas (...) actores institucionales [y] a más largo plazo, el cambio sistémico a nivel de las estructuras políticas y económicas, de la cultura y de la sociedad». De ahí la razón de ser de la vigésimo segunda y penúltima sub-línea de financiación denominada «Cambios de hábitos sociales y culturales para el Pacto Verde Europeo». Ante semejante planteamiento efectuado por la Comisión Europea, debemos explorar con urgencia sus implicaciones que pudieran surgir fruto de la voluntad de la Comisión de implementar futuras nuevas cotidianidades diseñadas a golpe de soberano plumazo sin discusión, debate, reflexión ni crítica alguna, ni espacio futuro para ello: vista la eclosión de lo que podríamos denominar *pandemic politics*, tal debate, tal discusión, ni está ni se le espera (o, en todo caso, se le reprime y se le criminaliza).

De hecho, preguntarse acerca de las razones que llevan al conjunto de miembros de la Comisión Europa (directos e indirectos, incluidos los omnipresentes *lobbies*) a imponer tamaña empresa nos llevaría horas de discernimiento sobre la emergencia de una nueva clase política (participada también por buena parte de la ‘vieja’ política) la cual puebla buena parte de la totalidad del espectro político democrático europeo (incluida, cómo no, España) y que se caracteriza por sus discursos y gramáticas de acción profundamente judeocristianas, moralistas, con matices, destellos y arengas

populistas y autoritarias en un escenario (pos)pandémico crecientemente biofascista; el horizonte es ciertamente preocupante. Valga como ejemplo la consolidación de la ultraortodoxia biopolítica en la Galia circense catalana en tiempos de pandemia (una vez más, empecinados a ser buenos y extraordinariamente disciplinados alumnos europeos por motivos que tienen más a ver con la legitimidad política emancipadora del color amarillo que con decisiones estratégicas que pudieran concernir al conjunto de la sociedad catalana).

Efectivamente, el caso de Cataluña merece nuestra más atenta observación crítica. Las afirmaciones realizadas recientemente por el consejo de interior de la *Generalitat de Catalunya*, Miquel Sàmper, según el cual debemos avanzar hacia un «cambio de hábitos y apostar por horarios más europeos» (Núria Casals, ElNacional.cat, 24/10/2020) no serían ni tan superfluas ni tan etéreas; y aún más si añadimos sus últimas declaraciones afirmando que «el toque de queda nocturno se quedará durante mucho tiempo ya que afecta relativamente poco a las personas y será la última restricción a ser levantada» (Marta Casals, Betevé, 12/11/2020). Tamaño guño a Magia Borràs – por no decir barbaridad jurídica – desborda de manera intencionada lo establecido por la sacrosanta y casi-beatificada Constitución española, la cual establece que se podrá limitar el ejercicio del derecho fundamental individual a la libre circulación en caso de declaración de estado de alarma, de acuerdo con las características y motivos que provocaron la declaración de tal estado excepcional. Es precisamente en este punto de la cuestión –y a tenor de las intenciones declaradas del consejero Sàmper–, que cabría preguntarle si prevé la rectificación de su postura ante la hipotética (y deseable) consolidación de un escenario caracterizado una mejora rotunda de los denominados «Indicadores de Transmisión» establecidos por el documento *Actuaciones de Respuesta Coordinada para el Control de la Transmisión de COVID-19*, acordado por el Pleno del Consejo Interterritorial del Sistema Nacional de Salud y actualizado a fecha de 22 de Octubre. Ello, y tal y como el consejero Sàmper y/o el gabinete jurídico que asesora al gobierno catalán deben (o deberían) saber, conllevaría la desaparición *defacto* de los motivos justificantes del establecimiento de tal restricción en horario nocturno relativa al derecho individual a la libre circulación. Descartando la más absoluta incompetencia política por parte del consejero Sàmper, ¿qué objetivo político, y no solamente sanitario, contienen tales declaraciones en relación a la perpetuación de un toque de queda nocturno aún llegando al escenario de fin de la segunda ola y de consolidación de un escenario con transmisión residual (como así fue a finales del mes de junio)?

Si bien pudiera parecer ciertamente forzado, las declaraciones del consejero Sàmper y la sub-línea de financiación para proyectos europeos «Cambio de hábitos sociales y culturales» del Pacto Verde Europeo presentan un nexo en común. Tal nexo lo encontramos en el *Plan Vivir Mejor – Plan de Transición hacia la Reforma Horaria* (Acuerdo GOV/127/2020, de 20 de octubre), aprobado por la *Generalitat de Catalunya* tan solo un día antes de la declaración del consejero de interior Miquel Sàmper sobre la semi-perpetuidad del toque de queda nocturno en Cataluña. El *Plan de Transición hacia la Reforma Horaria* presenta tres objetivos estratégicos: (i) vivir con unos modelos de gestión del tiempo más eficientes que aumenten el rendimiento académico y la productividad; (ii) vivir con unos horarios más racionales y flexibles que faciliten la conciliación de la vida personal, laboral, formativa, asociativa y familiar y hacerla corresponsable entre mujeres y hombres; y (iii) vivir de acuerdo con unos hábitos saludables que mejoren el bienestar y la calidad de vida. Casi un mes después de la aprobación del Plan, el 13 de Noviembre, en un comunicado conjunto, la Oficina Catalana para la Reforma Horaria y el Consejo Asesor para la Reforma Horaria (ambos, actores principales en la elaboración del Plan Vivir Mejor) solicitaron al Gobierno Catalán «preservar y reforzar los hábitos horarios saludables adoptados como consecuencia de la pandemia (...) reforzando una actividad social rutinaria, cada vez más matutina». Ante tal afirmación (vamos camino de substituir el monumento al presidente Macià para poner uno a Nuestra Señora de la

Barbaridad), el término «refuerzo» parece indicar la imposición de la transformación sistémica de la sociedad catalana mediante la solución preferida por el gobierno autónomo catalán: criminalización punitivista y violenta del ‘mal ciudadano’ (léase jóvenes, y no solamente racializadas/os).

Ciertamente entristece ver como el discurso institucional continua contaminado por las visiones más moralistas y punitivistas sobre ‘la noche’, sus protagonistas, sus *amantes*, sus trabajadoras/es y sus empresarias/os. Vuelve con fuerza el discurso moralista-higienista que sitúa ‘la noche’ como inmoral, viciosa, pecaminosa, altamente peligrosa para la integridad moral del *buen ciudadano* tal y como propugnaba el Novecentismo catalán de inicios del siglo pasado, de corte profundamente católico, moralizador y burgués. Sin embargo, y de manera ciertamente preocupante (aunque no tan sorprendente a tenor de la homogeneidad social, de clase y de edad de sus promotores-redactores), el *Plan de Transición hacia la Reforma Horaria* no tiene presente la creciente nocturnalización de la economía posindustrial catalana. No me refiero solamente al ámbito del ocio nocturno (cuyo tejido, ciertamente diverso, fue muchísimo mayor a finales del siglo XIX e inicios del XX en la Barcelona industrial, tal y como magníficamente relata el historiador Paco Villar en sus maravillosas obras), sino a la expansión del sector de *backoffice* para empresas globales, al crecimiento exponencial del servicio aéreo de distribución de mercancías, o incluso al creciente teletrabajo nocturno derivado de, por ejemplo, el refuerzo de la explotación laboral en tiempos de pandemia o, valga otro ejemplo más común de lo que parece, a la realización de reuniones de trabajo con clientes y/o colegas situados en husos horarios muy distantes del nuestro.

El cambio de hábitos sociales y de consumo cultural propuesto desde el Pacto Verde Europeo y adoptado por el Gobierno catalán mediante el mediáticamente silenciado *Plan de Transición para la Reforma Horaria* constituye un espaldazo más al sector del ocio nocturno que tan solo le cabe emular a la resistencia numantina (si es que aún puede). La europeización forzosa de los hábitos sociales y culturales de ciudadanos del Sur de Europa, históricamente vistos como ‘malos ciudadanos’, ‘rebeldes’ y ‘vagos’ por parte de la Europa protestante, y la recuperación de la visión moralista-higienista de ‘la noche’ como inmoral, pecaminosa y peligrosa, no solamente verificaría la existencia de una agenda política para la configuración de un nuevo orden económico, social y moral de la ciudad nocturna posCOVID-19 sino la privación ilegítima del ocio nocturno (no solamente discotequero) como espacio-tiempo de bienestar social y emocional, de construcción comunitaria, inclusión social, emancipación, liberación y recuperación de colectivos LGTBQI+, y de apoyo psicológico mutuo especialmente necesario después de un periodo prolongado de aislamiento y distanciamiento social. La aniquilación de ‘la noche’ no debería ser vista como consecuencia directa del contexto pandémico en el que vivimos, sino de la implementación de una agenda política oculta a la que se le debería combatir, al menos, mediante luces y taquígrafos.



Citrus, Evento Alioli – BarrancoFest, 28 de diciembre de 2019, Eitero (Navarra)

Ocio nocturno y salud mental en tiempos de pandemia

Abril de 2021. Un par de noches traen recuerdos cercanos de Filomena. Hay esperanza para un verano sin la habitual plaga de ratas, cucarachas y mosquito tigre. El *gamer* de enfrente, confinado desde que nació, intenta dejarse barba.

Emulando a la manera con la que la mayoría de la población pronostica un Ponferradina-Almería en nuestra querida quiniela, el diputado republicano Gabriel Rufián conseguía un pleno al quince con tan solo un tuit al comparar el cuadro “La Libertad guiando al pueblo” de Eugène Delacroix con la fotografía de turistas franceses cubatazo en mano tomada por el fotógrafo Olmo Calvo en la calle Espoz y Mina de Madrid. Sin embargo, esta reivindicación de (‘su’) libertad no constituye solamente una desvergonzada irresponsabilidad sino también un grito de desesperación que surge de la fluctuante frontera de lo consciente y lo subconsciente: “necesitamos *la noche*”.

Para muchas y muchos jóvenes y adultos (también de nuestro país), la prohibición de salir de fiesta y la obsesiva criminalización mediático-institucional-civil que se activa ante cada una de las rupturas y desafíos a esa prohibición constituyen factores centrales del galopante deterioro de su (nuestra también) salud mental, deterioro el cual tiene su origen en el escenario de No-Futuro para amplias capas de la población española surgido con bastante anterioridad al inicio de la pandemia de Covid-19. Quebrar la legislación vigente –amparada bajo el más que frágil paraguas jurídico del Estado de Alarma– para hacer botellón, tomar algo con la cuadrilla en una cochera a oscuras, fumarse unos porros en el parque camuflados por la entrañable oscuridad anaranjada de nuestras ciudades, asistir a una *rave* de coordenadas inciertas (tanto GPS y 5G y al final nos guiamos por un pino centenario a mano derecha), o asistir a la metamorfosis de un piso turístico en club *underground*, no es ir en contra de la sociedad. Ellas, ellos, también son sociedad, pero nadie los atiende: los infantilizamos, los silenciamos, y los criminalizamos con muchísimo más ahínco que a nuestras instituciones y fuerzas y cuerpos de seguridad del Reino que, obedeciendo el *diktat* de los bancos y los fondos buitres, se están hartando a desahuciar familias vulnerables en tiempos de pandemia.

En un país en donde ya veremos si volveremos a recuperar algún día la plenitud de las libertades y derechos fundamentales individuales y colectivos consagrados en la Constitución y que en la actualidad se encuentran gravemente diezmados por la *pandemic politics* que gobierna nuestras diferentes cotidianidades, la forma con la que la sociedad adulta española mira, trata, cuida y atiende a su juventud en tiempos de pandemia es directamente lamentable y desesperanzadora: ciertamente dan ganas de aprender a destilar. Es nauseabundo el silencio e incluso el desprecio con el que el frente mediático-institucional-civil aborda cualquier signo de malestar juvenil, como son las recientes protestas en varias urbes de nuestro país, o las casi cotidianas trifulcas con la policía por parte de jóvenes que, frente al escenario de No-Futuro que desde el adultocentrismo reforzado por la *epidemiocracia* que gobierna la cotidianidad de nuestros cuerpos desoye y desatiende cualquier atisbo de empeoramiento acelerado de la salud mental no solamente de nuestras/os jóvenes, sino de la sociedad española en su conjunto.

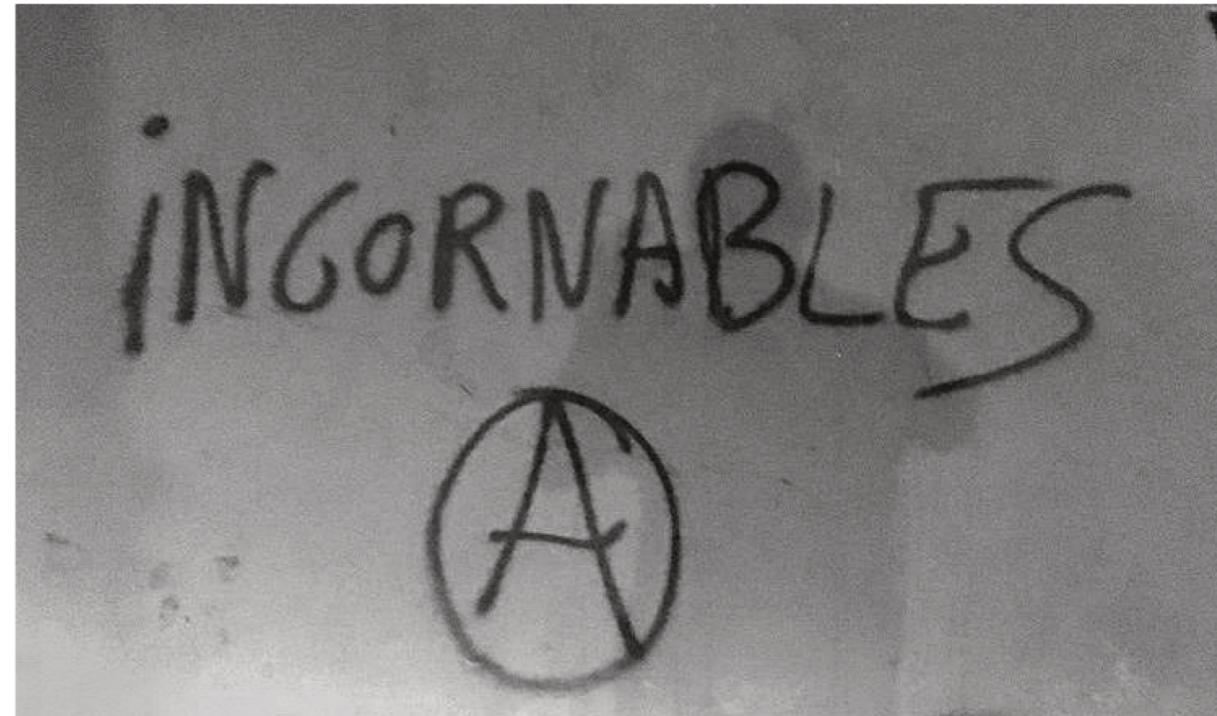
"La forma con la que la sociedad adulta española mira, trata, cuida y atiende a su juventud en tiempos de pandemia es directamente lamentable y desesperanzadora."

Para quienes se hayan animado a ponerme de vuelta y media, quisiera ofrecerles algunos datos sobre la pandemia de salud mental que sufre España desde mucho antes de la llegada de la Covid-19. Según la base de datos *Defunciones por causas, por sexo y grupos de edad. Resultados nacionales* del Instituto Nacional de Estadística, en 2018 (último año disponible) se suicidaron 3.539 personas en España; o lo que es lo mismo, cerca de 10 personas se suicidaron en España cada día del citado año, contabilizándose, también cada día, alrededor de 200 intentos de suicidio. Por otra parte, y según la Encuesta Nacional de Salud de España 2017 (la actualización de datos en este país es un constante homenaje al temible *update* del Windows 10), casi un 10,8% de personas de 15 y más años en nuestro país han sido diagnosticadas de algún problema de salud mental: más de 4 millones de personas, o lo que es lo mismo, un 21% más que el total de personas contagiadas por SARS-CoV-2 en nuestro país hasta la fecha de redacción de este artículo. Y es que un año después del inicio de la pandemia, cerca del 14% de la población española padece ansiedad y/o depresión (en sus diferentes grados), mientras que un 52% se siente fatigada y apática según una reciente encuesta realizada durante la tercera semana de febrero de 2021 por parte del Centro de Investigaciones Sociológicas. Ante semejante topografía psicoemocional del país, no es de extrañar que seamos junto con nuestro querido Portugal los que más ansiolíticos, sedantes e hipnóticos consumimos en Europa. Que no pare la fiesta.

Desafiar la *pandemic politics* vigente empieza a convertirse, para muchas y muchos jóvenes y adultos, una transgresión que va mucho más allá de cualquier catalogación como acto rebelde, hedonista, imbécil, nihilista, o naïf. Salir de noche en tiempos de prohibición y criminalización constituye un acto de cuidarse, de cuidar la salud mental (la de una, la de todas), e incluso de cuidar de nuestra economía local más allá de la facturación directa que conlleva el consumo de ocio nocturno formal. De hecho, hay más de un millar de estudios realizados desde los años setenta del pasado siglo que presentan de manera clara y evidente el impacto negativo que el deterioro de la salud mental conlleva para la economía de un país, en términos – por ejemplo – de productividad. Pues bien, con el deseo de que este texto llegue al Palacio de La Moncloa (tómenlo como *um homenaxe á retranca galega*), y, a falta de una urgentísima actualización de la Estrategia en Salud Mental del Sistema Nacional de Salud 2009-2013 (sin comentarios), autoricen por favor la apertura de ‘la noche’ también por cuestión emergencia sanitaria, en este caso, mental.

Alargar esta obstinada e (in)explicable *No-política* en lo que se refiere a la gobernanza de ‘la noche’ en tiempos de pandemia constituye un tremendo dislate, a pesar de que desde hace casi un año disponemos de una herramienta oficial con enorme potencial operativo para reabrir el sector del ocio nocturno en tiempos de pandemia: *Medidas para la reducción del contagio por el coronavirus SARS-CoV-2 en el ámbito del ocio nocturno. Directrices y recomendaciones*, de junio de 2020. De hecho, tildar de dislate a tal obstinación no es para nada temerario, y se base en tres razones de peso. En primer lugar, el cierre del ocio nocturno significa descartar un espacio-tiempo potencialmente interesante para cualquier posibilidad de rastreo, trazabilidad y monitorización de la tasa de positividad e incidencia en segmentos poblacionales de elevada interacción social como son las y los jóvenes y adultos-jóvenes. En segundo lugar, el cierre del sector imposibilita actuar eficazmente sobre el consumo responsable e informado de substancias psicoactivas en ámbitos recreativos nocturnos los cuales, y a pesar de las severas restricciones vigentes, son cada vez más numerosos a lo largo y ancho de la geografía ibérica. Y en tercer lugar, el cierre del sector del ocio nocturno imposibilita también cualquier tipo de actuación de prevención y reacción contra las violencias machistas que potencialmente puedan producirse tanto en el seno de las fiestas (il)legales. Como resultado de la actual ilegalización de ‘la noche’, hacía muchas décadas que las mujeres no presentaban tal desamparo y vulnerabilidad en ‘la noche’ como en estos tiempos de *epidemiocracia*: de Posada de Valdeón a la Sierra de las Cabras, ancha es Castilla para las pollas agresoras.

No quisiera terminar este texto sin remarcar cuán urgente es reabrir el sector del ocio nocturno porque, más allá de lo expuesto en este texto, e incluso más allá de las múltiples razones económicas y laborales, muchas de nosotras estamos inmersas en un proceso de mimesis con Ivan Illich, personaje creado por el escritor ruso Lev Tolstói, y que llegó a la conclusión de que no enfermó orgánicamente, sino psíquicamente. Vamos camino de ello. Profundamente afligidos y tristes por la absoluta inexistencia (*¿será perpetua?*) de un futuro certero, sólido y motivador, crece nuestra angustia al ver inalterable e inalterado ese proceso que atraviesa transversal e interseccionalmente nuestra sociedad: nuestra salud mental se deteriora a pasos agigantados. Necesitamos ayuda. No se trata de añadir el prefijo ‘sobre-’ a nuestra existencia (vivir). Puesto que la absoluta incompetencia de nuestros gobernantes no nos salvará y, encima, no se les ocurrirá crear un sistema robusto, público, universal y gratuito de psicología y psiquiatría en cada uno de los sistemas regionales de atención primaria en salud, al menos dejen que *un DJ nos salve la vida*.



Puente de la Riera Blanca, L'Hospitalet de Llobregat, 22 de Septiembre de 2019.

Los botellones, la gran ‘sorpresa’ del verano (de todos los años)

Agosto de 2021. Empiezan ‘los clásicos’ del verano barcelonés. La línea 11 del metro vuelve a estar cortada por obras: el servicio de metro automatizado como signo de progreso de la desesperación ciudadana.

Si ya ponerse los auriculares en plena hora punta por el ensanche barcelonés mientras uno anda constituye una absoluta temeridad –especialmente en aquellos pasos de cebra flanqueados por contenedores de basura: protejamos la tradición–, hacerlo mientras escuchas la entrevista al Consejero de Interior del gobierno catalán sobre los botellones y el ocio nocturno incita a substituir el segundo café del día por una magnífica copa de brandy de las bodegas González Byass. Según el consejero Joan Ignasi Elena i Garcia, los botellones “son una salvajada, completamente impresentables” y añade que, en este segundo verano pandémico, “los agentes de orden público han hecho casi 80.000 horas extras, entre un 40 y un 50% más que su jornada laboral”. Además, y a modo de aquel crocanti que remata la paella del domingo, apunta que “reabrir el ocio nocturno sería parte de la solución, pero los datos epidemiológicos aún no lo permiten”. De hecho, y en palabras del propio consejero, “aún no sabemos cual es el umbral de los indicadores que permitirían abrir el sector” (*El matí de Catalunya Ràdio*, 06/09/2021). Tomen asiento y permítanse unos minutos de respiración *Sukah purvak*.

La alarma cívico-institucional producida por los botellones veraniegos (alarma no estrictamente epidemiológica: los botellones continúan y los indicadores epidemiológicos mejoran ostensiblemente) presenta unos orígenes y unos factores multiplicadores que nada tienen a ver con la aducida insolidaridad y egoísmo de las y los jóvenes; y tampoco tiene que ver con un comportamiento colectivo tildado frecuentemente –mediante soberano plumazo mediático (o rápidamente mediatizado)– de irresponsabilidad casi-criminal. Si en algún momento pre-veraniego algún responsable técnico y/o político de salud pública de cualquiera de las administraciones locales y regionales que pueblan la geografía española pensó que los botellones serían minoritarios debido a la grave situación pandémica, o bien su incompetencia desafía al tamaño de la secuoya General Sherman de la californiana Sierra Nevada, o directamente podemos afirmar que por primera vez (verificada) un marciano ha llegado a nuestro planeta.

En este verano de 2021, en el cual los residentes locales de determinados enclaves geográficos urbanos costeros han estado sometidos a toques de queda y cuarentenas obligatorias para que los turistas pudieran consumir a su libre albedrío (léase, por ejemplo, Barcelona), los botellones han ocupado y todavía hoy ocupan un lugar destacado en la escaleta de los diferentes espacios informativos. En Cataluña, la magnitud de tal alarma supera a la de la propia quinta ola. Alerta roja en el *govern processista*: pierden centralidad informativa. El mega-cubatazo colectivo a ritmo de Nathy Peluso y la creación micro-temporal de cuadrillas de locales y/o turistas –bien sea en la plaza del barrio de turno que celebra sus fiestas vecinales (también fuertemente afectadas por la turistificación), bien sea en la incatalogable “arena” de la playa de la Barceloneta– no debería constituir sorpresa alguna. En la capital catalana, los jardines de la montaña de Montjuïc, las

“La fuerte criminalización contra las y los jóvenes ha provocado una honda fractura generacional estructural y simbólica que, en la actualidad, brota mostrando sus primeras flores.”

propias playas de la ciudad condal, el Turó de la Rovira, algunos parajes recónditos de la sierra de Collserola, algunas plazas de barrios centrales como Vila de Gràcia y El Raval, así como algunas zonas industriales y parques urbanos periféricos, conforman una cartografía bastante aproximada de la historia del botellón en Barcelona y su área metropolitana a lo largo de los últimos treinta años.

La magnitud del actual fenómeno del botellón en la geografía urbana y metropolitana catalana (incluyendo los respectivos jardines veraniegos de sus clases medias-altas: La Cerdanya y L'Empordà), así como algunas respuestas violentas contra la policía por parte de un creciente número de participantes de tales botellones, demanda un debate sereno alejado de cualquier indicio de alarmismo social que caracteriza nuestra sociedad del miedo y la intolerancia – de naturaleza profundamente clasista, adulto-céntrica, heteropatriarcal y xenófoba. Para ello debemos contextualizar tal debate a partir del escenario de No-Futuro que caracteriza amplias capas de la población juvenil española (y con especial particularidad, la catalana) con bastante anterioridad al inicio de la pandemia de Covid-19. Ese escenario, ya de por sí ciertamente oscuro, perdió todo atisbo de luminosidad con la consiguiente incerteza económica y laboral de magnitudes extraordinarias derivada de la implementación de medidas sanitarias, políticas, sociales y económicas para la lucha contra la pandemia de SARS-CoV-2.

La consiguiente supresión de los mecanismos, espacios y tiempos físicos y simbólicos de socialización juvenil presencial, cuya importancia se erige como fundamental en sus respectivas y diferentes transiciones de la infancia al ‘mundo’ de las adultas y adultos, fueron suprimidos a golpe de BOE – acrónimo totalmente desconocido para ellas y ellos, pero que rige estrictamente sus respectivos presentes y futuros desde que nacieron. La inexistencia de respuestas sólidas, convincentes y solidarias dirigidas específicamente a la generación teóricamente llamada a liderar la transición verde y digital de España (las y los jóvenes), su abrupta soledad delimitada por los seis metros cuadrados de sus habitaciones –en caso de tener la suerte de tener habitación propia– así como especialmente una fuerte criminalización punitivista y populista contra las y los jóvenes especialmente en las fases ascendentes de las respectivas olas de contagio masivo, han provocado una honda fractura generacional estructural y simbólica que, en la actualidad, brota mostrando sus primeras *flores*: conversión de la policía como el ‘enemigo a combatir’ (y no el virus) y deslegitimización de las instituciones ‘adulto-céntricas’ (Estado, escuela y familia) como poseedoras de la *auctoritas* que les delimita el *campo de juego* de sus diferentes trayectorias de vida. Nuestro contrato social y generacional presenta grietas estructurales producidas por una *epidemocracia* que ha situado y sitúa a las y los jóvenes de nuestro país como la *peste negra* que impide el retorno a las diferentes normalidades que caracterizaban la compleja sociedad adulta española antes de la presente pandemia.

Para visualizar esa gestión adulto-céntrica, punitivista y criminalizadora de la lucha contra la pandemia de Covid-19, les propongo que respondan a la siguiente pregunta, la cual – no lo descartemos– ya haya sido formulada por un número significativo de jóvenes: ¿por qué en una terraza de la Barceloneta pueden haber 50 personas de 20.30h a 00.30h (4 horas) cenando y tomando sus gin-tónics servidos en antiguos tarros *cuis* de aceituna manzanilla mientras que las y los jóvenes que han llegado a la playa de la Barceloneta a las 23:00h se topan con la correspondiente intervención policial tan solo un par de horas después? Como reza el dicho popular, *Barcelona és bona si la bossa sona*, también con la alcaldesa Colau: como mencioné al principio, protejamos la tradición. Y es por ello que debemos citar al fenómeno turístico como segundo factor de reflexión frente a tamaña magnitud que los botellones han adquirido en el caso concreto de Barcelona en este segundo verano pandémico.

En un estudio excelente realizado en 2019 por los profesores Raúl Travé y Pablo Díaz, de Ostelea – Escuela de Management en Turismo, se señalaba que el 23% de quienes viajaron en España antes de la pandemia lo hicieron atraídos por su ocio nocturno. Sabedores de la ineficaz maquinaria burocrático-administrativa para la gestión y el cobro de las propuestas de sanciones administrativas interpuestas por las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado ante la presunta violación de la legislación vigente sanitaria para la lucha contra la pandemia de Covid-19, y sabedores también de la ausencia de control fronterizo terrestre, así como del clima veraniego mediterráneo y de la existencia de una Ordenanza del Civismo en paradero desconocido, los turistas jóvenes franceses e italianos y, en menor medida, alemanes han llegado en masa a la ciudad condal, paraíso continental del *fiestón* playero; a ello cabe sumarle la *troupe* de estudiantes universitarios internacionales (los que celebran su despedida, y los que celebran su llegada para el nuevo curso académico), y las decenas de miles de profesionales liberales jóvenes-adultos que pueblan la geografía urbana de la capital catalana, para quienes ‘la noche’ y más concretamente ‘la fiesta’ (por favor, pronuncien ‘fiesta’ con acento *guiri*) constituye un elemento fundamental para la elección de la ciudad condal como su nuevo proyecto de vida; en resumen, aproximadamente 160.000 residentes de países ricos de Europa, América del Norte y Oceanía que residen en la ciudad condal (alrededor de un 10% del conjunto de la población empadronada a 31 de diciembre de 2020). ¿Alguna alma bendita de la administración pensaba que iban a quedarse en casa soportando los 26 grados del clásico verano barcelonés sin salir de fiesta? Abrir la ciudad al turismo sin abrir uno de sus principales atractivos turísticos, sin implementar un refuerzo del control del espacio público en horario nocturno, y sin ofrecer ningún tipo de alternativa, es ciertamente digno de honrar y premiar a esas mentes brillantes de la administración con la categoría “Eres un fiera”.

El tercer factor explicativo de la eclosión de los macrobotellones en Barcelona y otras áreas urbanas catalanas es el fracaso absoluto (pero previsible) de las alternativas en materia de ocio nocturno que han sido propuestas a lo largo de los últimos veinte años desde las diferentes instituciones y organismos públicos tanto locales como autonómicos. En este sentido, se antoja como urgente denunciar, clara y meridianamente, que las alternativas oficialistas propuestas desde grupos juveniles institucionalizados (léanse juventudes políticas, Consejo de la Juventud de Barcelona, Consejo Nacional de la Juventud de Cataluña, etc.), tales como abrir museos, bibliotecas y salas de lectura en horario nocturno, constituyen – siendo léxicamente generosos – un grácil homenaje al humor surrealista de Faemino y Cansado. Desde estas líneas quisiera animar a las y los representantes de dichas juventudes políticas y consejos de juventud (blanca y de clase bienestante) que recorran los barrios que conforman la geografía urbana y metropolitana de Cataluña, hablen con sus jóvenes y, sobretodo, escuchen sus posicionamientos. A diferencia de la célebre escena del *pollo* de cocaína entre José Luis Torrente y Rafi, las y los jóvenes de los suburbios no son malos, no muerden, pero (a veces) sí pegan. Ello no constituiría novedad alguna en los suburbios de Barcelona, especialmente para quienes hemos nacido y crecido en ellos. Lo que sí constituye una novedad de tamaña dimensión y estupor es la violencia con la que responden a la policía. A ello volveremos para finalizar este artículo.

El cuarto factor, transversal en lo geográfico y en términos de clase social y que subyace en la eclosión del fenómeno de los macrobotellones es la consolidación de un cambio estructural en el consumo de ocio nocturno en adolescentes y jóvenes que viene detectándose desde hace ya algunos años. Mientras que la actual generación de 40-65 años solíamos ir con nuestras amigas y amigos a a clubs y discotecas previo control de acceso para bailar al son (si tenemos suerte) de nuestra música favorita –y gastando una media de 60 euros por noche–, el acceso masivo a las nuevas tecnologías, como por ejemplo las minicolumnas portátiles de música, constituyen un elemento central en la configuración de un nuevo tipo de ocio nocturno, en el que las y los jóvenes (1) se

reúnen en ‘sus’ espacios: un parque, una plaza, o párking al aire libre, la playa o un piso; (2) ponen ellos mismos su música, sin intermediación de ninguna otra persona: la que ellas y/o ellos quieren; (3) están con todas y cada una de las personas que quieren, sin filtro de selección (a menudo arbitraria) ejecutado por una tercera persona que ni tan siquiera conocen; y (4) todo ello por tan solo 10 euros. Y para un revolcón, Grindr, Tinder, Instagram o Tiktok. Punto. Tomen nota: toda una revolución mayúscula en el ámbito del ocio nocturno urbano y metropolitano.

Como quinto y último factor que cabe citar a propósito de este artículo es el apoderamiento que transversalmente (en términos de clase, de género, de origen geográfico-étnico, y de orientación sexual) recorre la juventud catalana y española en un tiempo y en un país en donde parece que las y los jóvenes son una mochila demasiado pesada para la transición hacia la España verde y digital. Ante ello, ellas y ellos ejercen sin miedo alguno la defensa de su único derecho *real* que pueden ejercer: el derecho a la fiesta conquistado a golpe de soberana copichuela. La eclosión de tal apoderamiento juvenil colectivo no responde a ningún número de ilusionismo del Mago Pop. En Cataluña, tan solo cuatro años atrás, las principales instituciones catalanas (la *Generalitat* y el *Parlament*) alentaban a la población catalana a desobedecer y incluso sublevarse para ejercer su voto en el referéndum de independencia de Cataluña. Unos y otros son quienes precisamente hoy tildan de “salvajes”, “irresponsables” e “insolidarios” – y otras joyas léxicas – a aquellas y aquellos que desobedecen y se sublevan para reivindicar el único espacio propio (no adulto-céntrico) de socialización y emancipación simbólica – e incluso de evasión microtemporal de la realidad que les opprime y les reprime. Ante todo ello, nuestras y nuestros jóvenes, duramente criminalizados durante toda la gestión de la pandemia, ya no reconocen ni a las diferentes instituciones ni a la policía como autoridad, no reconocen su *auctoritas* y, sobretodo y aún más importante si cabe, han perdido el miedo a desobedecer. En otras palabras (tomen nota, *govern*): si se puede desobedecer individual y colectivamente para defender un supuesto derecho de autodeterminación de Cataluña, ¿por qué no se puede desobedecer para la defensa del ‘derecho al ocio’? Para ellas y ellos, nuestras y nuestros jóvenes, el enemigo no es el virus: la policía es el enemigo a combatir. Hoy y mañana. Y esto no se cambia en dos días. Quizás tardemos una generación. Es lo que ha conseguido la epidemiocracia en la que vivimos inmersos, la cual anula completamente otras visiones y discursos construidos desde el más que necesario (pero ausente) debate interdisciplinar crítico.



Jóvenes de copichuelas en pleno toque de queda. Calle Tusset, Barcelona, 12 de Junio de 2021

Todo a 100 o tiro porque me toca

Septiembre de 2021. Continua el calor y el bochorno: empieza a ser habitual. El peregrinaje metropolitano al Pirineo para ir a coger setas ha pasado a formar parte de un pasado cada vez más lejano.

En una reunión mantenida en la tarde del 6 de septiembre de 2021 entre representantes del sector del ocio nocturno en Cataluña y el consejero de salud, Josep Maria Argimon i Pallàs, éste situó como condición imprescindible para la reapertura del sector bajar de cien personas ingresadas con Covid-19 en las Unidades de Cuidados Intensivos de los hospitales públicos (*El Periódico de Catalunya*, 06/09/2021). La aparición del número 100 sobre la mesa, tan solo pocas horas después de que el consejero de interior catalán Joan Ignasi Elena i Garcia afirmara que “aún no sabemos cual es el umbral de los indicadores que permitirían abrir el sector” (*El matí de Catalunya Ràdio*, 06/09/2021), constituye toda una delicada muestra de cariño y devoción a la figura del *agacha'o* del dominó cubano.

La génesis del número 100 en la mesa de negociación con el sector del ocio nocturno de Catalunya carece de luces y taquígrafos que puedan certificar su exactitud científica, si bien cabe mencionar la existencia de conocimiento científico – ciertamente escasísimo un año y medio después de la declaración de pandemia – sobre los locales de ocio nocturno como espacios potencialmente críticos para la transmisión aérea del coronavirus. Se trata de estudios aparecidos en revistas de prestigio tales como *Epidemiology & Infection*, *Journal of Epidemiology* y *American Journal of Internal Medicine*. Sin lugar a dudas, son trabajos científicos que cuenta con un rigor estándar, aunque sus respectivas conclusiones finales tienden al *epidemiocatastrofismo* de La Sexta Noche o de los infumables (¿visionarios?) largometrajes *Outbreak* o *Contagion*. El emplazamiento del término “epidemiocatastrofismo” en este texto no es insustancial, ya que el tono de estos trabajos choca con los excelentes resultados obtenidos con diferentes experimentos *in situ* realizados – en colaboración con prestigiosos centros de investigación – en algunos locales de ocio nocturno y festivales de música de toda Europa, como por ejemplo, y entre otras localidades, Barcelona, Sitges, Biddinghuizen en Holanda, Manchester, Liverpool y Berlín. De ahí que sacarse susodicho número 100 de la mismísima chistera (o cartera) departamental constituye o bien un fresco guiño a nuestro entrañable Màgic Andreu o bien un homenaje a los magníficos campanazos de la Catedral de Toledo (cortesía de San Eugenio).

De hecho, a lo largo del más de año y medio de pandemia a fecha de redacción de este artículo, tan solo contamos con dos únicos momentos, puntuales y efímeros, en los cuales las UCIs del sistema hospitalario público de Cataluña registraron un número de pacientes ingresados críticos con Covid-19 inferior a 100: el 7 de Julio de 2020, con 33 pacientes; y el 1 de Julio de 2021, con 96. En otras palabras, exponer ‘100’ como condición *sine qua non* para reabrir el sector, sin ningún tipo de proceso previo de discusión técnico-política, negociación y posterior acuerdo –y ante la elevadísima improbabilidad de conseguir tal cifra–, nos reduce a solamente dos los probables escenarios genealógicos del número 100 del consejero Argimon. El primer escenario, menos

“La vergüenza colectiva se esfuma si se baila al son de algunos de los grupos procesistas que participan en las fiestas mayores o se contribuye a los beneficios de los principales patrocinadores de Les Nits del Fòrum.”

improbable de lo que a priori pudieran pensar, situaría a nuestro estimado consejero como el gentil y amable lacayo del sector radical judeocristiano de tintes biofascistas que compone el núcleo ejecutivo del *processisme* catalán (y, por ende, del *Govern*) el cual ha aprovechado la epidemiocracia instaurada a golpe de decretazo para asestar el último golpe contra el ‘ocio nocturno’, equiparado (también por el frente mediático punitivista) como expresión satánica de la disidencia inmoral que corrompe la pureza cristiana de la juventud catalana. El segundo escenario situaría una posibilidad que no debiera ser descartada a la primera de cambio: que nuestro *moderniki* consejero se haya unido al movimiento transhumanista: HTTP100: “continuar, todo está bien”. A la interminable concatenación de prórrogas del cierre del ocio nocturno sin ningún tipo de debate parlamentario (tomen nota: la patronal de ‘la noche’ catalana es un sector tradicionalmente de mayoría no independentista) debemos sumarle el carácter inservible e infructuoso de cualquier recurso que se interponga en el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña en contra del decreto de prórroga del cierre del sector de ‘la noche’. En nuestra tan democrática Cataluña, el poder judicial y el poder ejecutivo se entienden a la perfección a la hora de criminalizar y reprimir.

Ante el fin de la quinta ola de Covid-19, los interiores de restauración en Cataluña continúan con la restricción del máximo de 50% de ocupación en los interiores de los respectivos locales, mientras que no ya no existe restricción alguna en las ceremonias y oficios religiosos, bien sea en el interior bien sea en el exterior; ciertamente, falta poco para a algún querido Paolo Sorrentino local se le ocurra reproducir la *intro* de The New Pope y convertir la Basílica Parroquial de Nuestra Señora de la Merced y San Miguel Arcángel en una prima-hermana del salmantino club Camelot. Ante tal posibilidad, ciertamente esperanzadora en una ciudad en donde lo *underground* se reduce a un aceptable servicio de ferrocarril metropolitano subterráneo, se multiplican las concentraciones multitudinarias de adolescentes y jóvenes hermanados por la iluminación anaranjada de las noches de los barrios. El más sonado de la tercera semana de septiembre fue el megabotellón realizado en el campus de la Universidad Autónoma de Barcelona en la noche del viernes 17. Catalogado como “vergüenza colectiva” por el director (político) del Cuerpo de Mossos d’Esquadra (*RAC1*, 18/09/2021), cabe mencionar que las medidas vigentes indicaban que se podían celebrar las esperadas fiestas mayores con hasta 3.000 personas en espacios exteriores. La línea que separa ‘lo vergonzoso’ de lo ‘responsable’ en tiempos de pandemia es extremadamente vaporosa: la vergüenza colectiva se esfuma si se baila al son de algunos de los grupos *processistas* que participan en las fiestas mayores (apunten en la agenda: Mayo de 2022, elecciones municipales) o se contribuye a los beneficios de Adidas, Heineken, o Aperol Spritz, principales patrocinadores de Les Nits del Fòrum (*aka* Primavera Sound).

En la versión ‘covid’ del Primavera Sound, los conciertos de este segundo verano pandémico en plena quinta ola han juntado a un número de noctámbulas y noctámbulos no muy alejado de la mayoría de los botellones realizados a lo largo y ancho de la geografía catalana, disfrutando sin embargo de un silencio mediático vergonzosamente cómplice. Mientras tanto, la discoteca Luz de Gas, con un aforo máximo de 500 personas, continua cerrada por decisión exclusiva de un gobierno autonómico que, a todas luces, se empecina en consolidar sin disimulo (ni debate político alguno) una *epidemocracia* en la que la residencia de la soberanía popular en *El Parlament* se encuentra totalmente desfigurada, mientras que el poder ejecutivo se encuentra desdoblado – vía decretazo – entre un *Govern* goyesco de ineficacia probada y un Plan Territorial de Protección Civil PROCICAT cuyos miembros no electos constituyen *de facto* el poder ejecutivo (sur)real de Cataluña en tiempos de pandemia: 48 horas antes de la celebración del Día Nacional de Cataluña, decidieron levantar la restricción de reuniones sociales: la manifestación independentista del 11 de Septiembre reunió a 400.000 feligreses en la ciudad condal: precisamente, Via Laietana no sería

el mejor ejemplo de vía urbana espaciosa... Tal tomadura de pelo no debería sorprender. Como en toda sociedad profundamente hipócrita, adultocéntrica y clasista, aquello de la “vergüenza colectiva” va por barrios, si bien siempre reciben los mismos: nuestras jóvenes.

Preparando el trabajo de campo una semana antes de la reapertura.
Restaurante Golden, barrio de Galvany, Barcelona. 1 de Octubre de 2021.



De ‘especialistas’ de la cosmogonía nocturna, desinformadores del poder y tímidas esperanzas

After Mercè 2021. Después de seis años de consistorio progresista, los servicios sociales continúan diagnosticando la pobreza desde los despachos: lo de salir a la calle con libreta y bolígrafo se lo dejan a la chavalería de 2º de la ESO.

"A tamaña criminalización desvergonzada le acompaña una estridente ausencia de cualquier ápice de debate sereno, crítico y propositivo sobre las tensiones afectivo-emocionales que han sufrido (sufren y sufrirán) las y los jóvenes."

En las Galias populares de la ciudad turística, el precio del café matutino (previo al clásico diálogo de barra ibérica “Un café solo por favor. ¿Con leche? No, solo”) empieza a presentar cierta liminalidad: si te lo sirve Li, 1 euro; si te lo sirve “Juan”, 1.10. La existencia de resquicios en donde la extrema normatividad de la ciudad burguesa adquiere cierta liviandad constituye una inestimable ayuda para expresar cierta sonrisa impostada en la enésima reunión inútil de Zoom. Sin embargo, la habitual lectura del diario de turno depositado sobre la barra del bar puede convertirse en una seria amenaza para mantener incólume tal expresión facial amable hasta la finalización de susodicha reunión: todo un reto.

En la edición del lunes 27 de septiembre de 2021, el rotativo barcelonés *La Vanguardia* informaba del caos que había supuesto la reapertura del sector del ocio nocturno en Noruega, presentando un titular inicialmente inequívoco: “Disturbios en Noruega por el fin de las restricciones”. La noticia relataba como “En las principales ciudades del país, de 5,3 millones de habitantes, se han producido violentos enfrentamientos y peleas multitudinarias cuando las calles, los bares y los locales nocturnos se han llenado de gente ávida de celebrar la eliminación de las restricciones”. Ante tamaña estupefacción por el estallido nocturno producido en la luterana Noruega, y también ante la inexistencia de personas conocidas que viven en el país nórdico para obtener alguna información adicional sobre lo acontecido, se antojó como imprescindible acudir a fuentes internacionales (presuntamente) prestigiosas, como la versión online de *Associated Press*, que titulaba la noticia como “Rowdy celebrations erupt in Norway as COVID restrictions end” (26/09/2021). Según el diccionario Oxford de inglés británico, la acepción principal de *rowdy* es “(of people) making a lot of noise or likely to cause trouble”; en términos populares, follareros. Y es aquí donde verificamos la ya harto clásica pируeta mediática de nuestro país: “ruidoso” y “follarero” como sinónimos de “disturbios”. A tenor de tal analogía, la ciudad condal estaría en constante rebelión desde tiempos layetanos.

La noticia reportada por *Associated Press* indicaba que “Las bulliciosas celebraciones de cientos de ciudadanos de Noruega comenzaron el sábado por la tarde y duraron hasta la madrugada del domingo. La policía dijo que se informaron disturbios en varios lugares, incluso en la ciudad sureña de Bergen y la ciudad central de Trondheim, pero la peor situación se dió en Oslo. Se vieron largas filas fuera de los clubes nocturnos, bares y restaurantes de Oslo y la policía registró al menos 50 peleas y disturbios durante la noche del sábado”. No se estresen y vayan directamente al resumen del pitote: la gran mayoría de incidentes se registraron en la capital noruega, Oslo, siendo la mayoría de ellos peleas de borrachuzos unga-unga y registrándose tan solo algo más de una cincuentena. En un país de algo más de 5 millones de personas, en el que cada noruega y noruego

consumió 94.58 litros de alcohol en 2020 (después de un incremento anual del 14.5% de ingesta de alcohol per cápita en el primer año pandémico), debería ser motivo de satisfacción que tan solo un millar de personas se hayan hostiado en el primer día de reabertura de la noche loca noruega y especialmente oslense (una mezcla de *Plastic* de Tinet Rubira y David Bagès, y *Silenci* de Bibiana Ballbè).

Dicho estilo periodístico torticero no constituye ninguna novedad en el seno del periodismo catalán: la bomba en el Papus, el caso 4-F, la Operación Dixan o la Operación Pandora son algunos de los numerosos ejemplos que aún resuenan en la memoria colectiva de una parte significativa del pueblo catalán y, en particular, barcelonés. De hecho, no sería para nada descabellado afirmar que la sacrosanta Transición conllevó una preocupante transformación de los llamados medios de comunicación de izquierdas (los de derechas siempre lo fueron) en dispositivos de poder en el cual “la/el periodista” emerge (especialmente desde el maldito 11-S neoyorquino) como uno de los elementos fundamentales en la (re)producción de la ecología del miedo como forma ideológica predominante del capitalismo global. En el caso del ocio nocturno y todo aquello que tiene a ver con ‘la noche’ en tiempos de pandemia, el discurso mediático vociferado a golpe de tinta, mediante ondas hertzianas o mediante una fibra óptica de prestaciones aleatorias según sople el viento, ha englobado a todo joven *botellonero* como “irresponsable” e “incívico”. Simultáneamente, toda forma no-normativa ni normativizada de socialización juvenil multitudinaria en tiempos de pandemia ha sido equiparada como “vergonzante”, si bien los guardianes del buen civismo no han mostrado titubeo alguno en alabar a los 39.737 espectadores que tuvieron la santa paciencia de ver a Alba o Sergi Roberto arrastrarse en el terreno de juego frente al Bayern de Munich. De forma aún más preocupante si cabe, las afirmaciones realizadas por el Sindicat d'Agents de Policia Local y el sindicato ultraderechista CSIF tildando de “terrorismo urbano” a los disturbios registrados en la parte final de los respectivos macrobotellones celebrados en las Fiestas de la Mercè (*ElNacional.cat*, 25/09/2021), han sido acogidos con actitud negligentemente bondadosa por el conjunto de la comunidad periodística catalana; y eso que tan solo han pasado cuatro años de los atentados de La Rambla y Cambrils.

En la *Cataluña del diálogo*, cuna de la pedagogía moderna, a tamaña criminalización desvergonzada le acompaña una estridente ausencia de cualquier ápice de debate sereno, crítico y propositivo sobre las tensiones afectivo-emocionales que han sufrido (sufren y sufrirán) las y los adolescentes y jóvenes como consecuencia de la imposición belicista de la *pandemic politics* y su discurso moral profundamente adulto-céntrico, clasista, estigmatizador y criminalizador. Tal escenario actual presenta unos protagonistas que han consolidado, por obra y gracia del Espíritu Santo, su absoluta impunidad para proclamar sandeces equiparables a la magnitud del conjunto conglomerado del macizo de Montserrat: tertulianas y tertulianos productores y reproductores del discurso epidemiocrático criminalizador sobre ocio nocturno y juventud. Engallados a cuidar su chiringuito construido a golpe de facturita, repiten día sí día también el mantra criminalizador contra la juventud bien sea delante un micrófono radiofónico bien sea frente a una cámara de televisión, desluciendo sin atisbo de vergüenza alguno la seriedad y sobriedad de los cenáculos culturales de la Madrid barroca; lenguaraces vociferadores de discursos cuya fuerza teórico-conceptual está basada en un vomitivo *copy-paste* de entradas académicas de la Wikipedia. Egolatría, desfachatez: lacayos inverecundos al servicio del señor ‘poder’.

Mientras tales lacayos copan la debilitadísima esfera de opinión pública (fuertemente controlada y censurada), académicas y académicos de notable trayectoria científica y profesional de nuestro sistema de ciencia y tecnología permanecen ausentes por voluntad deliberada de los responsables del aparato mediático epidemiocrático. Sin embargo, el agotamiento neuronal y la escasa

capacidad intelectual de los centinelas del discurso oficialista ha conllevado recientemente la aparición de fisuras en el *Goskomizdat* catalán. Es precisamente en tales fisuras en las que aparecen brillantes académicos, como los antropólogos Carles Feixa (El Periódico de Catalunya, 21/05/2021) y José Mansilla (No ho sé, RAC1, 26/09/2021) o la psicóloga ambiental Begoña Aramayona (Els Matins de TV3, 21/09/2021). Tales participaciones constituyen vislumbres esperanzadores en una esfera de opinión pública harto influenciada por epidemiólogos, virólogos, matemáticos y físicos. Mientras los tertulianos y opinadores mediáticos emergen como sirvientes del aparato biofascista, los científicos *de verdad* (aquellos de encerrarse en casa hasta que pase la pandemia, que todos somos ricos y no necesitamos trabajar) surgen como celosos centinelas de la epidemiocracia en la cual cualquier intrusión crítica realizada desde el ámbito discolo de las ciencias sociales es o bien despreciada, o bien censurada, o bien tildada directamente como cómplice del *negacionismo covidista*. Veremos si estas fisuras en el *Goskomizdat* del antiguamente denominado *Oasis Catalán* derivan en un debate colectivo, participativo y provechoso para unas noches más seguras, igualitarias, inclusivas, diversas y creativas.

«Las noches serán siempre nuestras», en catalán. Estampado reivindicativo en la furgoneta corporativa del Hotel Llafranc, Costa Brava, 25 de Septiembre de 2020.



Dancing with my QR

Octubre de 2021. Barcelona vuelve a la normalidad. Las clases burguesas de la ciudad condal vuelven a airear aquella vieja queja sobre por qué todavía no existe una parada de metro en la Plaza Francesc Macià; mientras tanto, proliferan los conductores *Need for Speed* en la calle Aragón.

La historia se repite, aunque ni como tragedia ni como farsa; simplemente, como sainete pintoresco. Como ya fue apuntado en anteriores capítulos, la lectura de buena mañana del periódico de turno en el respectivo bareto de barrio puede constituir una dosis de estimulante psicoactivo ciertamente superior al proporcionado por la propia cafeína matutina. En la edición del 22 de Octubre de 2021 del rotativo barcelonés *La Vanguardia*, una breve pieza informativa bajo el título «La libre movilidad entre países obligará a medidas covid en la vida diaria hasta 2023» recogía las declaraciones del especialista en salud pública Rafael Bengoa, de la Universidad de Harvard y vicepresidente del programa Horizon 2020 en Salud, Cambio Demográfico y Bienestar de la Comisión Europea. Tal y como fue transcrita por la redactora de la noticia, Celeste López, el experto advertía que «El riesgo está ahí, con el aumento de la movilidad y el incremento de los contactos. Y no está claro en absoluto la eficacia de las vacunas actuales». Mientras tanto, lo de la abertura de discotecas limitadas a un 80% constituye una medida propia del responsable técnico de turno cuya máxima vida nocturna ha sido la de tirar la bolsa de la basura después del *Polònia* de TV3: tal limitación solo se respeta en los aledaños del guardarropía... hasta que llegue invierno.

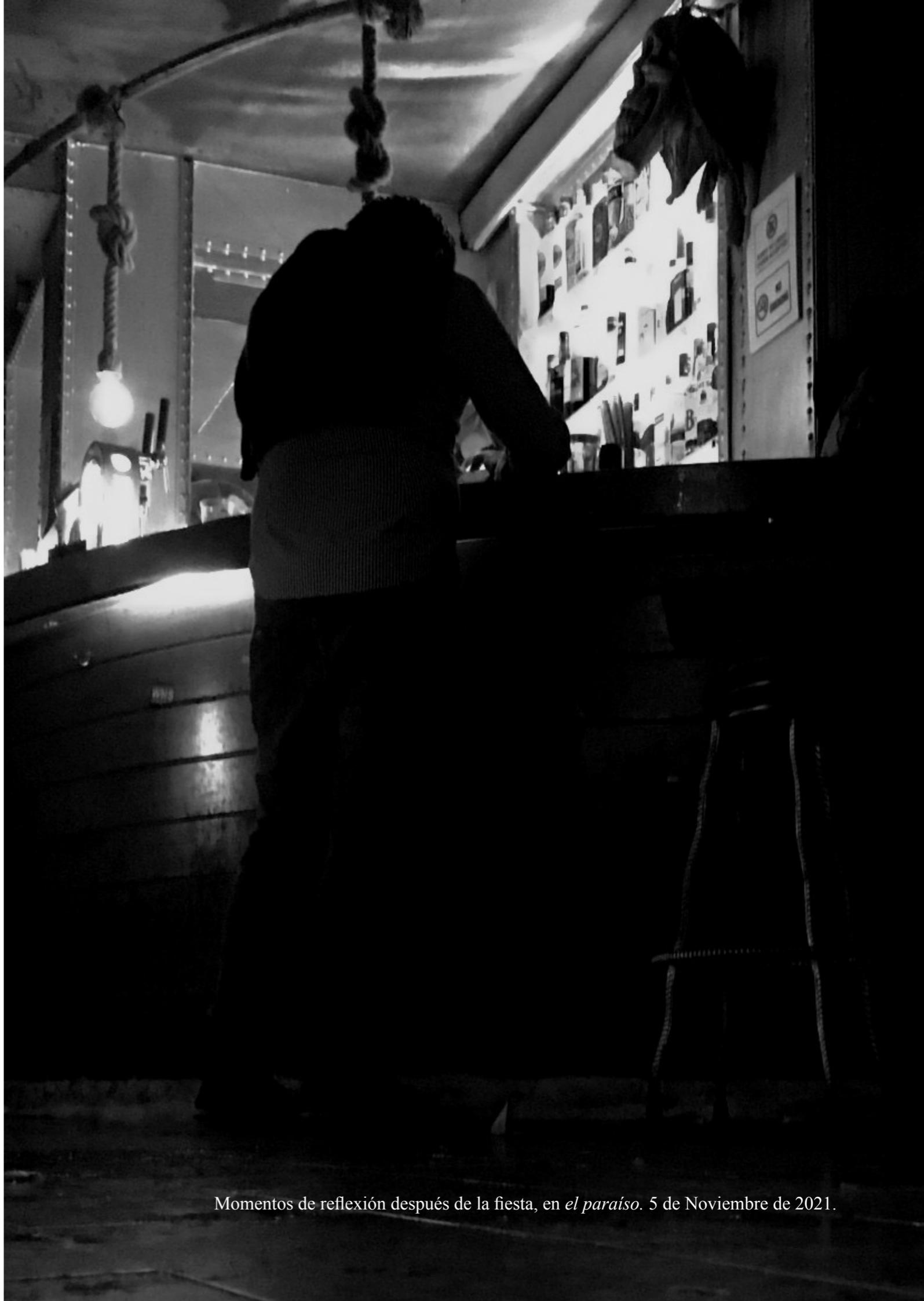
Gracias al despliegue progresivo de la Inteligencia Artificial en todos los sectores económicos impulsado por la estrategia «Inteligencia Artificial para Europa» (lanzada por la Comisión Europea en Abril de 2018), y gracias también al esfuerzo de científicas y científicos de las mayores multinacionales farmacéuticas – financiadas substancialmente por fondos públicos provenientes de los respectivos países del Norte Global –, el ocio nocturno ha podido reabrir sus puertas mediante el establecimiento de ciertas restricciones; entre ellas, la implementación del famoso *Pasaporte COVID*. La instauración del control biosocial informatizado para el acceso a los establecimientos de ocio nocturno ha comportado la eclosión – como era de esperar en nuestro querido Reino de la España pícara – de un suculento mercado negro de falsificaciones y venta ilegal de susodicho *pasaporte*; lo de los carnés de conducir, mejor dejarlo para otra ocasión. A tenor de una mera observación del devenir de la noche en el interior de los locales, el semáforo verde-rojo proporcionado por la aplicación *VerificaCOVID.gencat.cat* (obviamente, con software libre y de fuente abierta como Linux no funciona, no vaya a ser que a Bill Gates o a Tim Cook les dé un síncope), constituye todo un homenaje a la historia del género burlesco de la Barcelona de entreguerras. Por una parte, en algunas discotecas de la parte alta de la ciudad condal, las almas nocturnas privilegiadas acceden a sus respectivos queridos locales homenajeando al servicio TeleTac del desaparecido peaje exploliador de Martorell: sin detenerse, con alegría y con una sonrisa de oreja a oreja patrocinada por Monkey 47; y aquello de verificar sus respectivos *pasaportes COVID*, que lo haga el populacho. Por otra parte, el color ámbar – sinónimo ibérico de apura en segunda a fondo– brilla por su ausencia en el citado semáforo. No se trata de ningún apunte ni baladí ni jocoso: según nuestras autoridades sanitarias y ejecutivas competentes, aquellos que fueron vacunados con Janssen o Astrazeneca deben recibir otra dosis de vacuna pero con biotecnología basada en ARN mensajero modificado. Ello conlleva que ni el ‘verde’ ni el ‘rojo’

"El miedo a ser infectado con el SARS-CoV-2 y la desconfianza de bailar con una persona no vacunada y / o infectada pueden emerger como un nuevo dispositivo corporalizado de microsegre-gación socioespacial en la pista de baile."

del citado semáforo biosocial de acceso a las discotecas se ataúnen con exactitud al *status* sanitario del citado personal ciertamente desgraciado. Súmenle el hecho que las actuales vacunas autorizadas por uso de emergencia contra la pandemia producida por el coronavirus SARS-CoV-2 no proveen inmunidad esterilizante individual (ni, por consiguiente, colectiva). Ante ello, y ante un uso residual (empíricamente comprobado) de las medidas indicadas como obligatorias por el gobierno regional catalán para la reabertura biosegura de discotecas y salas de baile (Resolución SLT/3090/2021, de 14 de octubre), la centenaria Ceras Roura no da abasto en la producción de velas y cirios para nuestra entrañable *Moreneta*: ya que el Barça de este año no tiene solución, al menos que centre sus meritorios esfuerzos en evitar otro cierre temporal del sector.

Mientras tanto, en la pista de baile, el cumplimiento estricto de la correcta posición de la mascarilla en la región facial así como la fascistoide *distancia social* se desvanece con una inmediatez comparable a la declaración de supuesta independencia de Cataluña realizada por *El Dioni de Waterloo*. Ciertamente, lo de imponer la mascarilla en la pista de baile emerge como todo un desafío a los límites de elasticidad de nuestro pliegue nasolabial. Y es que tras la reapertura de las discotecas, la pista de baile consolida su naturaleza de espacio-tiempo de evasión simulada de nuestras diferentes cotidianidades que, para una gran mayoría de jóvenes y no tan jóvenes, se caracterizan por la precariedad, la explotación laboral, y la (re)producción de violencias de diferente índole; en definitiva, por un escenario de No-Futuro que parece ser más evidente que antes de la pandemia. Sin embargo, si bien las ganas de volver a bailar Rauw Alejandro o Tina Turner parecen componer un paisaje nocturno ciertamente más bullicioso y frenético del que existía en la anodina ciudad condal antes de la pandemia, debemos – desde las Ciencias Sociales – poner nuestro foco de atención a cómo el prolongamiento *sine die* del uso del semáforo de control biosocial en el acceso a los establecimientos de ocio nocturno podría llegar a conllevar profundas transformaciones simbólicas, afectivas y emocionales en el complejo mundo de las (micro) relaciones sociales en la pista de baile. En particular, el miedo a ser infectado con el SARS-CoV-2 y la desconfianza de bailar con una persona no vacunada y / o infectada pueden emergir como un nuevo dispositivo corporalizado de microsegregación socioespacial en la pista de baile, recordándonos el impacto que tuvo la pandemia de VIH en la noche de los años 80 y 90, caracterizada por una fortísima e injusta estigmatización la cual todavía existe en la actualidad, si bien (afortunadamente) de menor magnitud.

Un mes y medio después de la reapertura de clubs y discotecas, debemos asegurarnos de que el uso del *Pasaporte COVID* para el acceso a diferentes establecimientos de ocio nocturno no transforme las pistas de baile en un nuevo espacio conquistado por la ecología del miedo como forma ideológica predominante del capitalismo global. Ante una hipotética sexta ola de contagio comunitario masivo con cerca del 75% de población con la pauta vacunal completa, si no consiguen un cirio en Ceras Roura, pasen por el Monasterio de Montserrat y denle un beso en la frente a La Moreneta: de ella fue el gol de José Mari Bakero contra el Kaiserslautern.



A modo de epílogo inacabado: El ocio nocturno como fuente de bienestar socioemocional y apoyo psicológico mutuo (también en tiempos de pandemia)

Noviembre de 2021. Sin pauta vacunal completa, no hay copichuelas. Pero con un Código QR del camping Pepe's puedes viajar en avión a Portugal, aunque se acabó la selección de vinos tintos, blancos y verdes en la TAP; veintidós centímetros de separación entre pasajeros se denomina "distancia social" y un kleenex aromático elimina el coronavirus de las manos...

"La nueva noche' presenta cierta mezcla inquietante constituida por la voluntad colectiva y energética de recuperar lo sustraído por la 'pandemic politics' y el miedo a convertirse en el caballo de Troya de un nuevo cierre el cual comportaría la estocada final para buena parte del sector."

Como soslayadamente ha sido apuntado a lo largo de este libro, para buena parte de la opinión pública, los medios de comunicación (incluidos aquellos autodenominados como alternativos) así como para nuestro desafortunado elenco de representantes políticos y legislativos, 'la noche' tan solo es un conjunto de establecimientos de vicio, pecado e infección dispuestos a lo largo y ancho de la geografía de nuestras ciudades y aldeas. Sin embargo, lo que popularmente conocemos como ir de fiesta, de copichuelas o salir a bailar constituye – más allá del topicazo de turno – un espacio-tiempo caracterizado por la producción y reproducción de múltiples redes de sociabilización (algunas más efímeras, otras más duraderas) formadas por una variedad más o menos variopinta de recuerdos, vivencias, atmósferas, emociones y afectividades. Ante ello, no cabe duda que el cierre derivado de esta actividad cultural como respuesta a la lucha contra la pandemia producida por el coronavirus SARS-CoV-2 no tan solo ha puesto de manifiesto la importancia de 'la noche' para la vida social y cultural de buena parte de nuestras adolescentes, jóvenes y no tan jóvenes, sino que ha permitido visibilizar de forma rotunda y meridiana cómo 'la noche' constituye también una inestimable fuente de bienestar socioemocional de construcción de comunidad y de apoyo psicológico mutuo después de un largo período de confinamiento y aislamiento social debido a la pandemia de Covid-19.

El establecimiento de tal conexión entre el ocio nocturno y bienestar socioemocional no es para nada una relación novedosa en el campo de lo académico. Por una parte, y en términos más generales, a lo largo de las tres últimas décadas un número significativo de científicas y científicos – principalmente del Reino Unido y de países anglófonos – han constatado empíricamente tal relación entre cultura, ocio (en general) y bienestar socioemocional, poniendo de relieve cómo la participación en diversas actividades culturales y de ocio dentro de la comunidad genera impactos positivos que – extendiéndose más allá de la respectiva salud individual – atañe a los campos de la felicidad y la satisfacción con la vida. A su vez, la participación en actividades culturales y/o de ocio fomenta la integración de las personas y familias migradas en la vida comunitaria ya que fomentan la cohesión social, la identidad comunitaria y la comprensión intercultural. Por otra parte, debemos mencionar algunos trabajos recientes que, desde el ámbito de la antropología, la sociología y la geografía subrayan el papel central del ocio nocturno (especialmente sus diferentes escenas *underground*) como espacios-tiempos de sociabilización no-normativizada, constituyendo

un inestimable y necesario refugio para aquéllas y aquéllos que desean desbordar – o directamente huir – de la *ciudad nocturna* patriarcal, heteronormativa, racista y LGTBQfóbica. Sin embargo, y a pesar de la centralidad de la 'cultura' para el proyecto europeo y los valores sociales consagradas en la Carta de Derechos Sociales de la Unión Europea, todavía hoy existe una galopante miopía institucional y mediática sobre el papel del ocio nocturno (tanto en su versión comercial como en su versión más informal y/o callejera) como mecanismo facilitador de los a menudo complejos procesos de cohesión e inclusión social.

Qué duda cabe que la ausencia todavía a día de hoy de una política europea integral sobre ocio nocturno (incluyendo aspectos como tan variados como el derecho al descanso, al sueño y al respozo; la lucha contra los efectos socioespaciales de la turistificación de la noche en términos de pérdidas de patrimonio cultural tangible e intangible y la expulsión de vecinas y vecinos de sus barrios; o, por poner otro ejemplo entre muchos otros, la lucha contra la violencia machista, trans/lgtfóbica, racista y xenófoba) conlleva que 'la noche' en la España (pos)pandémica continue constituyendo una sector económico y actividad cultural resultado de un enfoque político profundamente moralista judeocristiano, criminalizador, punitivista y extremadamente mercantilizado. En otras palabras, la gobernanza de 'la noche' tanto a nivel local como nacional a lo largo de las últimas tres décadas, y con especial crudeza durante este año y medio de pandemia de Covid-19, constituye el resultado inalterado e inalterable de una interacción simultánea entre la perspectiva criminalista / reguladora ('la noche' como sinónimo de pecado, inmoralidad y desorden) y la perspectiva neoliberal / económica ('la noche' como espacio-tiempo productivo).

Si alguien pensó que el cierre forzado del setor del ocio nocturno debido a la pandemia de Covid-19 podría constituir una excelente oportunidad para repensar un ocio nocturno más seguro, igualitario, inclusivo, resiliente y sostenible, la reapertura del sector tras dieciocho meses de cese forzado de la actividad ha demostrado que hoy, más que nunca, 'la noche' en España continúa presentando las mismas características y problemáticas que antes de la pandemia, pero con un elemento más: la extrema biopolitización de los cuerpos y la transformación de la condición sanitaria de las personas en un nuevo vector de segregación biosocial. Esta biopolitización de nuestros cuerpos a la cual atendemos forzadamente e ineludiblemente desde una posición pasiva puede ser vista como resultado de la reproducción continua y simultánea de (i) un discurso político biopolitizante fuertemente criminalizador y punitivista contra todo cuerpo disidente; (ii) por una nueva moral biohigienizadora profundamente clasista, racializadora, estigmatizadora y excluyente; y (iii) por un nuevo *ethos* urbano estructurado entorno al miedo corporizado como elemento central de nuestras diferentes y extremadamente complejas cotidianidades.

Ante ello, 'la nueva noche' tras la reapertura del sector del ocio nocturno presenta cierta mezcla inquietante constituida por la voluntad colectiva y energética de recuperar lo sustraído por la 'pandemic politics' y el miedo a convertirse en el caballo de Troya de un nuevo cierre el cual comportaría la estocada final para buena parte del sector. Mientras tanto, el frente punitivista institucional-mediático yace felinamente inmerso en un silencio contenido, reflexivo y a su vez dubitativo a la espera de una hipotética sexta ola la cual no solamente comportaría un fuerte cuestionamiento de la seguridad y eficacia de las vacunas autorizadas por uso de emergencia para la lucha contra la pandemia producida por el coronavirus SARS-CoV-2, sino que conllevaría una toma de decisión ciertamente problemática para el *politburó* epidemiocrático: volver a cerrar, destruir un sector económico que generaba cerca de 3.000 millones de euros anuales antes de la pandemia, y enfrentarse a un escenario totalmente incierto y probablemente violento derivado de la reacción de adolescentes y jóvenes frente a nueva usurpación forzada de su *derecho al ocio*; o establecer un mecanismo de monitorización de la transmisión comunitaria entre el grupo población con mayor interacción social, y de implementación de una estrategia de de resiliencia económica

del sector que a su vez constituya un mecanismo de contingencia ante un posible agravamiento de la salud mental de nuestras y nuestros jóvenes, la cual presenta ya en la actualidad niveles extremadamente preocupantes. Sin lugar a dudas la mejor opción sería esta segunda. Para muestra de ello, no uno,

sino dos botones: en un grupo de segundo de bachillerato formado por 25 alumnas y alumnos en un instituto concertado del municipio suburbano de L'Hospitalet de Llobregat, quince chavalas y dos chavales presentaban en Septiembre de 2021 cuadros diagnosticados de ansiedad y depresión, mientras que dos de ellos ya habían intentado suicidarse. Por favor, no cierren 'la noche': tal y como el profesor de urbanismo Nihad H. Čengić me explicaba hace unos años en su despacho de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Sarajevo, "La vida nocturna durante la guerra surgió como un espacio de socialización donde los ciudadanos asediados compartían ideas y experiencias"¹. Bailemos, resistamos.

1 Fueron viajes realizados para visitar a mi amigo Jordi Martín-Díaz, de la Universidad de Barcelona, quien estuvo años viviendo en la capital bosnia para realizar su tesis doctoral, co-dirigida por el profesor Nihad H. Čengić. Para más detalle sobre 'la noche' en tiempos de guerra, véase: Čengić, N. H. & Martín-Díaz, : (2018).



Jordi Nofre es doctor en Geografía Humana por la Universidad de Barcelona (2009). Desde 2019 es Profesor Investigador Principal FCT en Geografía Urbana en el Centro Interdisciplinario de Ciencias Sociales de la Universidad NOVA de Lisboa, con el apoyo del Programa de Estímulo al Empleo Científico de la Fundación Portuguesa para la Ciencia y la Tecnología. Su investigación incluye 3 temas principales: (i) Vida nocturna, turismo y cambio urbano en las ciudades del sur de Europa; (ii) Geografías sociales de la juventud en los países euromediterráneos; y (iii) Medio ambiente, cambio global y sociedad.

Con un total de 1.090 citas (Scholar Google, 01/12 // 2021; h index = 2; i10 index = 26), Nofre ha publicado un total de 85 publicaciones, entre las que se encuentran *Annals of Leisure Research* (2021), *Town Planning Review* (2021), *Urban Geography* (2020), *Urban Studies* (2020), *City* (2018), *City & Community* (2017), *Leisure Studies* (2016), *Social & Cultural Geography* (2016) and *Area* (2015), entre muchas otras. Su recorrido de publicaciones también incluye libros editados y capítulos en editoriales de prestigio como Palgrave Macmillan (2021, 2019), Routledge (2018), Cambridge Scholars (2018), Brill (2016), Peter Lang (2016), Emerald Press (2012), y Sage (2012). Además, Nofre es editor de *Exploring Nightlife: Space, Society and Governance* (Rowman & Littlefield, 2018), y coeditor de *Exploring Ibero-American Youth Street Cultures in the 21st Century - Creativity, Resistance and Transgression in the City* (Springer, 2022).

Nofre es coordinador de LxNIGHTS, un grupo de investigación internacional sobre la noche urbana (www.lxknights.pt) y cofundador de la Red Internacional de Estudios de la Noche (<https://nightologists.hypotheses.org>). Nofre ha participado en 11 proyectos de investigación y ha sido Asesor Científico del proyecto *Geographies of Nightlife in Lisbon, Madrid and Barcelona* (2018-2020), financiado por el Centro Reina Sofía de Estudios de la Juventud y la Adolescencia (España), y también del ‘SAFE!N Project: Safe Night Out Certification in Lisbon’, un proyecto centrado en la comunidad local lisboeta y financiado por el Ayuntamiento de Lisboa (BIPZIP-Ref.0095 / 2015). Nofre también es Asesor Científico de la Comissió Nocturna de Barcelona (<https://comissionoноtorna.org>).